

EL REY DE LOS GITANOS



1 pta

JOSE
MOJICA

EDICIONES
BISTAGNE

ROSITA
MORENO

EL REY DE LOS GITANOS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BiSTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

El rey de los gitanos

Deliciosa opereta totalmente hablada y cantada en español

Adaptación de LLEWELLYN HUGHES y PAUL PÉREZ

Versión española de JOSÉ LÓPEZ RUBIO

Música y letra de DESIDER JOSEFF VECSEI

y L. WOLFE GILBERT

Director: FRANK STRAYER

Es un film FOX
(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

El rey de los gitanos

Reparto

CAROL	JOSÉ MOJICA
María Luisa	ROSITA MORENO
El Gran Duque Alejandro.	Julio Villarreal
Remetz	Romualdo Tirado
Renée	Ada Lozano
Primer Ministro	Antonio Vidal
Gregor	Martín Garralaga
Cabo.	Paco Moreno

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Un gallo cantaba a lo lejos como saludando al sol. Amanecía. El cielo, claro y limpio, se llenaba de un resplandor azulado.

Carol, conocido por el rey de los gitanos, un muchacho garboso y moreno, fué despertando a todos sus compañeros de tribu. De las carretas típicas, que habían recogido el aire de todos los mundos, salían voces de tímida protesta. ¡Era tan grato el descanso! ¡Se estaba tan bien reposando en la pradera, bajo un cielo de libertad! Pero la can-

ción alegre del jefe les hacía poner en pie. Y mujeres, hombres y niños, le obedecían, desperezándose lentamente, sacudiendo la languidez:

*¡Ha salido el sol!
El día ya nació.
¡Pronto, en pie, la noche ya pasó!
Hay que proseguir,
Tiempo es de marchar.
¡Tu destino, zíngaro, es vagar!
Canta tu libertad,
Zíngaro vagabundo,
Busca felicidad
Donde la puedas hallar.
Vaga sin descansar,
Zíngaro, por el mundo.*

Vive siempre feliz
¡El mundo entero es tu hogar!
 Tu caravana alegre va
 Sin hallar fronteras.
 La mujer brindará
 Todo el amor que tú quieras.
 Canta tú libertad,
Zingaro, tú sabrás
 Que donde tengas puesto el pie
Zingaro, allí reinarás!

La canción fué pronto repetida por los demás. Canción que les conmovía, que tenía ese ligero tono de nostalgia de las almas errantes. Su destino era éste: marchar. El mundo se había hecho para andar y andar eternamente, no para reposar en él con la inmovilidad del caracol.

Ahora estaban viajando por las tierras de un pequeño reino de la Europa Central. Dentro de cuatro o cinco días se encontrarían seguramente en otro país para continuar la ruta interminable. Pero no estaban tan solos. Cada mañana, un guardián de oro, les enviaaba sus flechas de luz. Era el mismo sol que ya parecía conocerles y tenía para ellos como un calor amoroso, paternal. Cada noche les velaba una guardia de plata: el mundo estelar que hacía centinela con sus faros de diamante.

Aquella caravana estaba constituida por numerosas familias que obedecían ciegamente a Carol, al

que habían elevado a la categoría real. Ya el padre de Carol había sido el jefe de la tribu nómada. El muchacho imponía su autoridad simpática, casi fraternal, una autoridad que no necesitaba del despotismo. Siempre alegre y optimista, enamoradizo y risueño, parecía contagiar a todos con esa misma visión de placidez.

Dispuestos todos, comenzaron los preparativos para el frugal desayuno. Mientras reían y cantaban rodeando a Carol, un guarda rural que hacía unos momentos les estaba observando avanzó hacia ellos con aire de perdonavidas.

Dió un grito obligándoles a enmudecer.

—¡Ale! — les dijo —. ¡A levantar el campo en seguida! ¡Fuera de aquí todos!

Hablaban en forma brusca y alta y los gitanos le rodearon sorprendidos por aquella violenta presentación.

Carol, sin perder su sonrisa característica, se cruzó de brazos y le miró con serenidad.

—¡Fuera de aquí! — repitió el guarda.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque estáis en terrenos del Patrimonio Real. Es orden de Su Alteza, la princesa María Luisa.

—¡Ah! ¿Y desde cuándo se atreve una princesa a dar órdenes a un rey?

—¿A qué rey?

—Estás hablando nada menos que con el rey de los zíngaros, amigo! ¿Comprendes ahora el atrevimiento de Su Alteza Real al quererme expulsar de sus insignificantes dominios?

El guarda protestó sorprendido:

—¿Cómo insignificantes?

—Mi reino es tan grande que no tiene límites... Abarca hasta los últimos confines del mundo.

—¿...?

—¿Tiene el palacio de tu señora la princesa un techo tan alto como éste? ¿A que no?

Y señalaba el cielo.

—No, pero...

—¿Y un tapete tan grande y tan mullido como éste en alguno de sus salones? ¿A que no?

Y cogiendo un puñado de hierba lo pasó por las narices del guarda.

—¿Y qué dices de mi corte?

—Tiene tu princesa tantas damas y

tantos gentileshombres a su servicio, tan nobles y tan apuestos? ¿A que no?

Cada vez más aturdido, el guarda se limitó a responder, humilde y cabizbajo y temiendo insistir:

—No... Claro... Eso no.

—¡Ah, claro!... ¿Y se atreve a darme órdenes a mí?... ¡A mí!... Estoy por ordenar ahora mismo a mi secretario de Estado mande un ultimátum rompiendo nuestras relaciones... Lo malo es que mi secretario de Estado tiene la suerte de no saber escribir...

Todos rieron, y el guarda, comprendiendo que era difícil hacerse obedecer, optó por alejarse inmediatamente. Ya se marcharían cuando les diese la gana.

Y libres ya de aquel importuno, los gitanos continuaron sus canciones y sus risas, admirando todos la gracia incomparable de Carol, su fuerte orgullo cuando era necesario y la energía con que defendía siempre la independencia de su tribu, avezada a hacer su voluntad.

María Luisa era la soberana de aquel pequeño principado. Era una princesa joven, fina y espiritual, como las princesas de los cuentos blancos. Todo en ella tenía una sonrisa dulce, desde el gesto, tan delicado y señoril, a la voz tan armónica y tan clara.

Renée, su doncella de confianza, abrió los postigos de las ventanas de la habitación de Su Alteza, permitiendo que entrara el sol. Despertó la princesa en su lecho de raso azul. Besada por la luz, su rostro resplandecía como una aparición.

—¡Buenos días, Renée! —dijo al cabo de unos momentos, mientras sus brazos trazaban una curva sobre la cabeza.

—¡Buenos días, Alteza!

Saltó de la cama. Miró tras los cristales hacia el bien cuidado jardín. Contemplóse un momento al espejo. Cantó. Su cuerpo, gra-

cioso y elástico, adquirió movimientos de danza al compás de la fina canción:

*Alegre quizá
La mañana será
Para otros...
Mas no para mí.
Un día más llegó
Y veo solo aquí
El tedio, el vacío
En que vivo sola.
Sin amor mi vida está.
Mi ideal, ¿cuándo vendrá?*

Salió a un pequeño mirador, en cuya balaustrada dos palomos parecían repetir el dúo romántico y eterno. Los contempló suavemente, mientras proseguía su canción:

*Un palacio bien puede ser
Cárcel dorada
Sin dicha...
Sin nada...
Sin amor espero yo
El ideal que mi alma soñó
Mas un día vendrá
En que a mi alma llegará
El amado de mi corazón.*

Acarició a los palomos, los apretó un momento contra su pecho y luego los dejó volar, anhelando que fuesen siempre libres. Eran más felices que ella, la princesita esclava de su nación, a quien comenzaban a aburrir los protocolos.

Hacía una semana que reinaba. Hasta entonces había estado educándose en el internado de una gran ciudad para aprender su regio oficio. ¡Días inolvidables de adolescencia, con las compañeras de su misma edad, acuciadas todas por el anhelo curioso de la vida juvenil! Pero ya todo había pasado. Separada de sus amigas, había de pasar la vida atendiendo negocios de Estado, en conferencias con grandes señores que se inclinaban ante ella con hipócritas reverencias.

En el alma de la princesita se habían encendido fuegos de platónica protesta. No sabía resignarse a no ser más que una muqueñita, movida por los hilos de la conveniencia nacional. Podrían esclavizar su tiempo, su atención, sus placeres, pero había algo a lo que se negaba a obedecer. Al casamiento por razones de Estado. Cuando le hablaban de esto, fruncía el ceño con cierta indignación y tenía envidia de sus más humildes súbditas

que poseían el don milagroso de poder escoger.

La doncella le anunció que el baño estaba ya preparado, y María Luisa, invadida de un repentino optimismo, volvió a entrar en su habitación, se despojó bailando de su pijama de seda y penetró en el cuarto de baño, magnífica estancia de mármoles de un color verde mar.

Todo era grave, solemne y rígido en la corte. Hasta las cosas más insignificantes e íntimas. Mientras la princesa tomaba el baño, cuatro doncellas, hieráticas ante ella, sostenían en bandejas de plata, diferentes tarros de perfumes y pastillas de oloroso jabón.

Renée vertió en el agua una esencia de tono de rosa.

—¡Ya es bastante! —dijo María Luisa—. ¡Oye, Renée!... Pero ¿es que en este palacio no se ríe nunca nadie?

Y miraba a las cuatro mujeres, impávidas y graves, como esclavas.

—Solamente Vuestra Alteza y yo cuando estoy sola y no se me puede comer nadie con la mirada —repuso Renée.

—En toda la semana que llevamos aquí, no he visto más que caras largas... Diles que se vayan, hazme el favor... Me ensombrecen la vida...

Renée las hizo salir y marcharon con la tiesura y disciplina de un piquete militar... ¡Oh, aquella rigidez aplastante!

—En Viena... en el colegio... al menos estábamos alegres... Pero aquí...

—¡Si Vuestra Alteza hubiese acudido anoche a la feria! ¡Si Vuestra Alteza hubiera visto!... Todo el mundo estaba alegre, nadie tenía ninguna preocupación... A eso llamo yo diversión. Hay toda clase de atracciones, de juegos, de barracas... caballitos del tío vivo, columpios, títeres... ¡Bailes!

—¿Bailes?

—Todos los que Vuestra Alteza quiera. Hay para elegir... Y zíngaros... uno me leyó a mí la palma de la mano.

—¿Y qué te dijo?

—No me atrevo a repetírselo a Vuestra Alteza...

—No, si digo de tu porvenir... ¿Qué leyó en tu mano?

—Pues, leyó... que Vuestra Alteza me va a dar permiso para volver esta noche a la feria...

La princesa rió, complaciente, cariñosa. Tenía gran aprecio a Renée y le agradaban sus explicaciones.

—Ir a la feria, perderse entre el gentío, experimentar el placer de no ser conocida por nadie!...

—Por qué no? ¿Por qué no ir aquella noche y olvidarse de que era princesa para pensar sólo en que era una mujer joven?

Y después del baño, mientras Renée acababa de realizar la "toilette" de su señora, aun prosiguieron hablando de aquella feria que tendría todo el júbilo de una fiesta popular... ¿Por qué no ir? Y en los labios de la princesa la audacia parecía florecer...

Apenas tuvo tiempo para acabar de arreglarse. Ya llegaba la hora de la obligación, el comienzo de la vida oficial, entre audiencias y ceremonias.

El gentilhombre de turno anunció:

—Alteza, el primer ministro.

Y momentos después apareció el jefe del gobierno, hombre ya viejo, encanecido al servicio de la monarquía.

Besó la mano real, y María Luisa, con cierto desgaire, preguntó:

—A ver. ¿Qué tenemos para hoy?

El ministro consultó unos papeles.

—A las diez, colocación de la primera piedra del hipódromo.

—No sé a qué viene colocar una piedra en un hipódromo... como no sea para que tropiecen los caballos...

* * *

—A las once, inauguración del monumento al Soldado Desconocido.

—Pero si nosotros no entramos en la guerra!

—Sí, ya sé, pero... como todos los países lo tienen... pues, ¡por no ser menos!

—En fin, que me ofrece usted un atractivo programa de festejos. ¿No se ha podido encontrar en toda la capital nada que pueda divertirme más?

—Pues... En el Salón de las Porcelanas espera el augusto primo de Vuestra Alteza... El Gran Duque Alejandro.

La carita de la princesa adquirió una expresión de enfado.

—¿Es eso divertido también?

—Ha intentado veros una docena de veces... tiene que proponeros oficialmente... y como Vuestra Al-

teza inventa cada día una excusa distinta... una nueva enfermedad...

—Mi verdadera enfermedad es el aburrimiento, y eso no me lo curará nunca mi augusto primo.

—Pero, Alteza...

El jefe del gobierno estaba dolorido. ¿Cómo alegrar a la princesa? ¿De dónde había sacado aquellas inquietudes y aquella disconformidad con la vida severa de Palacio?

Y, mientras, ajeno a que María Luisa hablara de él con tanto despego, el Gran Duque Alejandro se encontraba en el corredor en espera de entrar en la cámara femenina.

Se calzaba los guantes y procuraba mantener impecablemente estirada la guerrera.

Era el Gran Duque hombre de unos cuarenta y cinco años, de facciones en las que se denotaba cierta dureza y ambición y el enérgico deseo de ser siempre obedecido.

Se hallaba con él Remetz, su caballerizo y hombre de confianza, tipo inexperto y divertido.

El Gran Duque estaba nervioso. Se había dado cuenta de que la princesa no sentía por él ninguna inclinación y que, además, era un temperamento rebelde, muy alejado de soportar ninguna tiranía. Era, según él, una romántica, a la que

habían hecho daño las lecturas del colegio. Atiborrada de novelas de amor, soñaba con uno de esos galanes que con tanta facilidad se encuentran en los libros blancos. Y a él, que ya no era joven, parecía tenerle apartado, sin permitirle la menor intimidad. Alejandro quería casarse con la princesa. Más que amor, al gran ambicioso, lo que le interesaba era el ceñir la corona, ser príncipe consorte, extender su influencia por todo el país y en cierto modo ser superior a la voluntad de ella, frágil criatura que no entendía de negocios políticos.

—¡No se preocupe, señor! — le decía Remetz —. El primer ministro me ha dado toda clase de seguridads... He conseguido hábilmente...

—Sería la primera vez que tú consiguieras algo, hábilmente...

—Sí, excelencia.

—No he conocido un caballerizo útil para asuntos... digamos, diplomáticos...

Remetz contestó imperturbable, con su estribillo de siempre:

—Sí, excelencia.

—Pero no sabes decir otra cosa que "sí, excelencia"?

—Sí.

—Entonces, dila...

—Sí, excelencia.

EL REY DE LOS GITANOS

—¡Estúpido!

La presencia de Sentry, el gentilhombre de la princesa, le hizo enmudecer.

Instantes después, con el corazón trémulo y el semblante tranquilo, entró en la cámara donde María Luisa se encontraba aún con el primer ministro.

Alejandro besó la mano de la princesa, que aparecía fría y casi desdenosa. Odiaba a este pariente suyo, mucho más viejo que ella y de rostro siempre grave, donde jamás floreció una sonrisa.

—Querida prima, te deseo un día muy feliz.

—Gracias, Alejandro, eres muy amable.

El primer ministro hizo una seña picaresca al Gran Duque y luego dijo:

—Sus Altezas tendrán de que hablar reservadamente... Con permiso de Vuestra Alteza, me retiro...

—Pero...

El ministro entregó al gentilhombre el papel en que constaban las visitas del día, y salió de la suntuosa estancia.

En el corredor habló con Remetz, a quien dió buenas noticias.

—De esto a la luna de miel no hay más que un paso y unas cuantas ceremonias oficiales...

—Admirable, señor presidente.

Pero el señor presidente demostraba tener poco sentido de la realidad. En vano el Gran Duque se esforzaba por hacer ver a la princesa la necesidad de un inmediato matrimonio.

—Pero, Alejandro, si yo no te amo, bien lo sabes... —le decía ella.

—¿Amor? ¿Qué falta hace el amor en un matrimonio que aconsejan razones de Estado? ¿Qué importa ahora ese sentimiento plebeyo? De todos modos, algún día me amarás... Estoy seguro de ello...

—Yo no, y mi opinión creo que es también digna de tenerse en cuenta.

—Considera, querida mía, que de nuestra alianza matrimonial depende la felicidad de muchos miles de súbditos...

—Y mi felicidad, ¿no cuenta para nada? ¿O también es la felicidad un anhelo plebeyo?

—Se puede vivir muy feliz sin ser feliz, créeme... Mi popularidad sería para ti un firme apoyo. El pueblo apenas te conoce. Has vivido educándote en el extranjero. Piensa, por un momento en mi posición dentro del reino... en mis enormes posesiones... Mi importancia política es muy fuerte.

María Luisa no podía más.

Aquel egoísmo, aquel mezclar el interés con las gratas esencias del amor, la abrumaba.

Se dejó caer en un diván con las manos sobre la frente.

—Y el dolor de cabeza que me estás levantando, también es muy fuerte. ¡Renée!...

—Pero...

La doncella entró.

—Por favor, Renée. Tráeme una compresa de agua helada.

—¡Sí, Alteza!

—Pero, María...

Ella no contestó, y el Gran Duque, enfurecido por su derrota, marchó precipitadamente.

Apenas hubo llegado al corredor donde aun se encontraba Remetz, hirieron sus oídos las risas de la princesa y su doncella.

Miró furioso a Remetz que parecía interrogarle sorprendido.

—¡Estúpido! —rugió.

Y salió de palacio con el aire amargado del hombre que ha perdido una gran batalla.

Como no cesaran las risas femeninas, Remetz, curioso, procuró observar por el ojo de la cerradura... ¡Buen chasco había dado María Luisa a todos! Por lo visto la princesa no encontraba de su gusto al Gran Duque.

María Luisa decía, entretanto, a su doncella, con un ansia inapagable de libertad y buscando un contraste a las cosas de Palacio:

—Oye, Renée, dices que hay bailes y títeres y columpios y...

—Sí, Alteza, sí...

—¿Por qué no ir? Tenías razón, Renée...

Remetz procuraba difícilmente enterarse de lo que hablaban. En esta actitud de espionaje le sorprendió Sentry.

—¡Largo de aquí, imbécil!

Y de un buen puntapié lo echó a varios metros de distancia, obligándole a no entretenérse más por aquellos lugares donde todo era peligroso, desconcertante.

* * *

La princesa y su doncella vestían disfraces de campesina. Ante la feria descendieron de un coche de alquiler. Nadie hubiera podido reconocer a María Luisa en aquella mujer que vestía con el traje típico del pueblo.

Eran las diez de la noche y el campo bullía de animación.

La princesa comentó:

—No crees que parezco de verdad una campesina?

—Sí, Alteza.

—Esta noche voy a ser una mujer nada más.

—Le parece poco a Vuestra Alteza? ¡Con lo agradable que es ser una mujer nada más y nada menos!

—Llevas razón.

—Y qué hacemos con el coche, Alteza?

—Que espere. Lo que me parece

mal es que me sigas llamando Alteza.

—Sí, Alteza...

—Pero...

—Digo, sí, mujer.

Y volviéndose hacia el cochero, le advirtió:

—Espere allí!

Las dos jóvenes, ligeramente aturdidas por la aventura, penetraron en el recinto de la feria.

El criterio era ensordecedor. De todas las barracas surgían voces e instrumentos de música pregonando las excelencias de los números, procurando atraer la atención de la concurrencia. Ante las improvisadas tiendas se exhibían parte de las atracciones como un sueño para que se decidiera la gente a tomar billete y entrar. Bailarinas que danzaban con escasa ropa y grandes movimientos, faquires que sopor-

taban posiciones incómodas y terribles y se metían en la boca antorchas encendidas o grandes espadas que desaparecían misteriosamente hacia el fondo de sus gargantas, extraños monstruos, desde el gigante al enano, caballitos, tienda de tiro al blanco, la variada gama de adivinadores del porvenir, atracciones al aire libre que constituye toda feria. Y el pueblo se divertía de lo lindo ante aquel mundo original, alegre.

María Luisa sonreía feliz entre la multitud que no reparaba en ella. ¡Sentirse despojada de todo lo que constituía su vida de siempre! ¡Cambiar! ¡Esa gran novedad que casi nunca pueden conocer los príncipes!

Rió ante cierto tipo aldeano que la piropeó con frases de encendida sinceridad, y continuó su ruta entre las oleadas humanas que de un lado a otro se agitaban con un movimiento constante.

Poco después llegaban en otro coche el Gran Duque Alejandro y su caballerizo Remetz.

—Estoy seguro de que ha venido aquí, señor — le decía Remetz—. Toda la ciudad ha bajado esta noche a la feria. Y si la princesa ha salido de Palacio se ha dirigido sin duda aquí.

—No me fío de ti, pero, a lo mejor, esta vez aciertas. Yo iré por este lado. Búscalas tú por ese otro.

—Sí, excelencia.

Y cada cual tomó una dirección distinta, deseosos de encontrar a la fugitiva que sin decir nada a nadie había abandonado misteriosamente el Palacio Real.

Las dos mujeres, ignorantes de que las estuvieran buscando, continuaron deteniéndose ante las distintas tiendas hasta que de pronto el eco de una música de cadencioso ritmo las obligó a ir hacia un grupo nutrido de gente.

Se hallaba allí Carol, el rey de los gitanos, con unos cuantos zíngaros, a los que decía alegremente:

—¡Animo, más fuego en el baile! ¡Venga, así!

Y mientras la música dejaba oír su nota de ritmo cálido, Carol, con su bella voz de delicados matices, cantaba:

*Yo he conocido a una mujer
Que su marido hacía sufrir
Porque le dió por suponer
Que la noche es para dormir.*

Rieron los espectadores.

La princesa contempló fijamente al cantor, cuya voz había sido como un suspiro y una caricia. También Carol, al pasear distraído su

mirada por el grupo, la posó en aquella campesina que vestía un traje de policromado color.

Las miradas se sostuvieron firmes, como si sintieran su mutua atracción, cargada de vibraciones.

El coro de gitanos cantó y bailó con un entusiasmo en que parecía palpitarse como algo sagrado.

*Baila, baila, baila,
La danza del amor,
Que el que no la baila
Se pierde lo mejor.
Baila, baila, baila,
Que es hora de bailar.
La ocasión que pierdes
No vuelves a encontrar.*

Sin perder de vista a aquella mujer de rasgos finos, cuyos negros ojos le seducían, Carol prosiguió:

*A una muchacha yo besé.
Y a su mamá lo fué a contar...
Llegó la madre y hace un mes
Que no me suelta la mamá.*

De nuevo el coro entonó sus cánticos y danzó sus armoniosos bailes en rueda entre los aplausos y la alegría de la muchedumbre...

Y por tercera vez, con las miradas entrecruzadas, con el hipnotismo misterioso e insinuante del silencio, la voz de Carol hizo vibrar el aire.

*Si a una casada oyés decir
Que no la saben comprender
Está en tu mano decidir
Lo que te está dando a entender.*

Bajo la influencia de aquel ambiente de canciones, de sortilegios, de luz y oscuridad, de la mirada apasionada del gitano, la princesa sintió también un anhelo de moverse, de danzar, de acompañar con el ritmo de sus movimientos el júbilo de su alma. Y bailó una danza que parecía compenetrada con toda la gracia de la gitanería, una danza armoniosa y ondulante, que provocaba explosiones de entusiasmo en la muchedumbre.

Grandes ovaciones coronaron la fina actuación de la princesa.

Renée se hallaba asustada. Bien estaba que Su Alteza fuese a la feria y se divirtiera como pudiese, pero de eso a bailar ante un público que podía reconocerla, mediaba un verdadero abismo.

De pronto surgió un alboroto. Dos mozos pretendían bailar con la princesa, a la que creían una campesina.

—No. Ahora me toca a mí.

—Este es mi baile.

—Baila conmigo. Este es mi baile...

La cosa parecía que iba a terminar mal. Los celos y la envidia cegaban a los dos muchachos que no querían soportar la humillación de ver triunfar a su rival.

Maria Luisa les contemplaba

aturdida, teniendo que esquivar las manos que pretendían aprisionarla.

Pero la contienda no duró mucho. De un salto, Carol se plantó ante ellos y con picaresca sonrisa les dijo:

—Vaya, vaya, para que no os enfadéis, con ninguno de los dos, ¡conmigo!

Y como las órdenes de Carol no osaba nadie discutirlas, tuvieron que resignarse a ver cómo Carol cogía del brazo a la supuesta campesina y se alejaba de allí.

Ella, a quien la mirada del mozo había hecho fuerte impresión, le siguió tranquila y risueña, dispuesta a vivir unos momentos de novela graciosa e ideal.

—¿Es la primera vez que vienes a la feria? Nunca te he visto—le preguntó Carol.

María Luisa sonrió deliciosamente y repuso:

—¿Es que no se te escapa ninguna mujer de las que pasan por aquí?

—No se me escapa ninguna mujer ¡bonita!

—¡Ah!

Pero de pronto vió aparecer al caballerizo Remetz que la buscaba.

Temerosa y no queriendo que la encontrasen allí, huyó rápidamente,

en dirección a la cercana espesura.

Iba Carol a decirle una bella frase cuando la vió ya a alguna distancia y corrió rápido hacia ella.

—Espera, mujer... ¿Qué prisa tienes?

—He visto a alguien con quien no quisiera encontrarme aquí...

—¿Tu novio?

—No.

—¿Tu marido?

—No tengo marido.

—Menos mal. ¿Quién entonces?

—Ah, ya caigo! Tu amo. Has salido esta noche sin pedirle permiso, verdad?

—No tengo amo.

—¿Estás segura de que nadie manda en ti, en tu corazón al menos?

Contempló desafiadora la actitud arrogante del gitano, sus ojos de pasión que sabían rendir y adorar.

—Nadie.

—No lo digas muy alto. Aún estás a tiempo. Ven conmigo.

Lentamente volvieron hacia el núcleo animado de la feria, pero a distinto lugar de antes.

Renée la había perdido de vista y la buscaba en vano por otros rincones del campo. ¿Dónde se había metido? ¡Podía ocurrirle algo serio!

EL REY DE LOS GITANOS

El caballerizo y el Gran Duque seguían su búsqueda hasta entonces infructuosa. Miraba Remetz por todos los lugares, aun los más absurdos.

La princesa, en compañía de Carol, olvidándose de todo, sintiéndose sólo mujer joven a quien gustan los piropos y las zalamerías que abren la puerta del amor, se detuvo ante varios puestos donde los artistas continuaban haciendo sus exhibiciones. De nuevo sonrió ante el fakir que apagaba dentro de su garganta la antorcha de fuego y al quitarla provocaba un incendio repentino y voraz.

Se detuvieron ante una tienda. Unos muchachos se entretenían en tirar pelotas contra la cabeza de un negro que servía de blanco al entretenimiento.

Remetz había visto a la princesa colocarse en primera fila para ver mejor el espectáculo y como la gente se negó a dejarlo pasar, Remetz ideó una estratagema para ver de frente a María Luisa, por lo que entró en la barraca por el lado donde se hallaba el negro, y aprovechando un momento en que éste apartó su cabeza del hueco de la lona, introdujo la suya.

Fué todo repentino, como una aparición. Frente a él, entre los que

tiraban, se hallaba la mismísima princesa... Dió un grito:

—¡Oh, Alteza!

Pero al propio tiempo vinieron a dar contra su faz las pelotas de la alegre concurrencia, y cuando volvió a abrir los ojos, ya la princesa había desaparecido, justamente alarmada de tal persecución.

Salió al fin de aquel lugar donde su cabeza había quedado dolorida y buscó en vano entre la muchedumbre.

Ahora ya no buscaba sólo a la princesa, sino al Gran Duque para comunicarle la sensacional noticia.

Pero María Luisa, para perder de vista a Remetz, había marchado con Carol, internándose por la parte solitaria del campo.

Remetz vió al fin al Gran Duque y corrió hacia él con grandes aspavientos.

—¡Excelencia! ¡Excelencia!

—¿Qué?

—¡La he visto! ¡La he encontrado! ¡Está aquí!

—¿Dónde?

—¡Ah, no sé, pero está aquí! Los he visto, pero los he perdido de vista!...

—Los...

—Sí. Anda por ahí con un zin-garo.

—¿Qué dices? ¿Con un zíngaro?

—De veras, excelencia, de veras.

—Pero eso es horrible!

Y abriéndose paso entre la muchedumbre avanzaron en busca de

los fugitivos. Remetz buscaba por todas partes, acercándose a las tiendas y recibiendo de vez en cuando algunos sustos como el que le propinó un faquir al encender bruscamente ante él su antorcha empapada de alcohol.

* * *

Estaban María Luisa y Carol en un suave rincón del campo, lleno de placidez y de serenidad.

La princesa aparecía más tranquila. No era fácil que por allí fuesen a buscarla.

Carol la miraba, con singular emoción, sintiendo por aquella mujer un interés extraordinario como si de pronto ella mandase por entero en su vida.

Los ojos negros y dulces de la princesa contemplaron la llanura bañada por la luna, cómplice eterna del amor.

—Qué hermoso es todo esto, ¿no?

—Más hermosa eres tú... y, por cierto, todavía no me has dicho tu nombre...

Sonrió con gracejo:

—Creí que los zíngaros que decís la buenaventura lo sabíais todo.

—Siéntate aquí y verás todo lo que yo sé.

Tomaron asiento en un improvisado y rústico banco, y Carol comenzó a cantar:

Tu mano blanca déjame, mujer.

—¿Por qué?

Que tu buenaventura quiero leer.

—¿De veras?

Ella se sentía feliz en aquella hora tan distinta de las suyas habituales. Y se entregaba a aquel momento de emoción que tal vez no viviese más.

Carol, con su eterno lirismo de nómada, siguió su canción llena de poético ritmo:

*Vestida estás de campesina.
Mas por la mano se adivina.
Otro destino. Déjame ver.*

Rió la princesa. ¡Otro destino! ¿No era un vidente el cantor?

—Aquí está.

Y le ofreció su mano, olorosa y fina, de mujer joven y delicada.

La acarició Carol y su voz vibró en el aire:

*Tu destino es ignorar
El sufrir y el trabajar
No me lo puedes negar.
En tu mano está.
Veo un galán conquistador
Que te ofrece su esplendor
Mas no has de vender tu amor.
En tu mano está.
Sangre de gitanos en tus venas
Veo correr
Un zíngaro errante en tu familia
Halló un querer.
Y por eso con razón
Llevas en el corazón
Encendida una pasión.
En tu mano está.*

Cantaba con elocuente sinceridad. María Luisa, que había frunciendo el ceño al oír que ella llevaba "sangre de gitanos", aclaró de nuevo su dulce sonrisa al escuchar que tenía "encendida una pasión".

Saturada por la alegría de aquella hora de luna y soledad, le dijo:

—¿Y qué más? A ver, diga...
¿Qué más?

Continuó el rey de los gitanos:

*A tu vida llegará
Un hombre que te traerá
Toda la felicidad.
En tu mano está.*

Y seguía acariciando sus manos pálidas, siguiendo los caminitos levemente azules de las venas.

María Luisa cantó también:

*Me gustaría saber
Cómo lo he de conocer*

El repuso:

*Que esta noche lo has de ver
En tu mano está.
Corazón que esperas un amor
Que ha de venir
Has de conocerlo en el compás
De tu latir.*

La princesa se sentía cautivada. Era la primera canción de amor que había oído nunca dedicada a ella y era un hombre joven y apues-

to el que la entonaba con una voz que hacía suspirar. Y contestó:

—Tú me quieres engañar.

El continuó, sonriente:

—Yo te puedo asegurar
Que tus labios va a besar.

Y antes de que María Luisa pudiera evitarlo, la boca del rey de los gitanos besó la suya con un beso furtivo y rápido como el aletear de una mariposa.

—¡Oh!

Se levantó nerviosa, ofendida por la audacia. ¡Un gitano, besarla a ella, la hija de un rey! Su sangre pareció hervir de indignación, de protesta. La voz de la juventud se apagaba para dejar paso a la del orgullo ultrajado.

No se alteró Carol. Y aun cantó la última estrofa mientras señalaba la mano de nardo.

—En tu mano está.

La escena había tenido por testigos dos parejas de gitanos, los cuales se echaron a reír al ver el enfatido de la princesa.

—Haré que te prendan por esto.

—¡Ja, ja!... ¿Por dar un beso?

Uno de los gitanos le gritó a Carol, redoblando todos sus risas:

—Bésala otra vez para que aprenda.

En aquel momento apareció el Gran Duque Alejandro, seguido de su caballerizo.

Viendo el intento de Carol, avanzó enfurecido a su encuentro, desenvainando a medias su espada.

¡Aquel miserable! De buena gana le partiría el corazón para que aprendiesen las gentes de su clase a respetar a la princesa.

—¿Qué significa esto?

Carol le miró sin pestañear.

—¿Y a usted qué le importa?

—A ti, atrevido, insolente, te voy a enseñar yo...

De nuevo fué a desenvainar su espada, pero la princesa le detuvo con un gesto.

—¡Quieto!

—Pero es que...

—¡Silencio!

—Pero es que yo...

—No necesito el auxilio de nadie. Acompáñame a casa.

—Como tú quieras.

Le brindó el brazo, que ella aceptó, y desaparecieron camino de palacio.

Antes de marcharse, la princesa envolvió al gitano en una mirada furtiva, casi indefinible... ¿Mantén acaso el rencor, o, por el contrario, le perdonaba?

Quedó Carol desconcertado ante aquel inesperado desenlace. ¿Quién era entonces aquella campesina a la que nada menos protegía un general? ¿Se trataba de una duquesa disfrazada, de esas que gustan de vez en cuando de efectuar escapadas a las verbenas del pueblo?

Fuera lo que fuese, ¡qué mujer tan interesante... y tan lejana para él!... ¡Lejana como una estrella!

—Pues anda, que si le van a prender por cada beso que haya dado a una muchacha, no sale de la cárcel en lo que le queda de vida! —comentó un compañero.

* * *

El coche les conducía hacia palacio. El Gran Duque Alejandro se quejaba de aquella escapatoria nocturna, que había puesto en grave peligro el honor de la princesa. Con acento cortado y duro censuraba su proceder, nada acorde con su privilegiada posición social.

Pero ella le oía fastidiada, molestándole la tutela de aquel hombre cuya presencia le parecía siempre importuna.

Su misma intervención aquella

noche la había disgustado. Ella sola se bastaba para defenderse.

—De todos modos, Alejandro —le decía—, no estoy dispuesta a tolerar que continúes interviniendo de este modo en mi vida, ni a sufrir el espionaje de tus lacayos de día y de noche...

—Pero si... pero si yo no hago más que protegerte... ¡Imagínate lo que hubiera sucedido esta noche, si yo no llego a tiempo!

María Luisa estaba inquieta.

—Cuando llegaste ya me había besado, ¿no? ¿Qué más quieres? Y por cierto, era muy simpático...

Y sobre el orgullo de su sangre apareció de nuevo un derecho de juventud enamorada del amor.

El Gran Duque puso una cara terrible.

—Sí, ¿eh? Pues eso no le va a librar de ir a la cárcel por su atrevimiento de esta noche...

María Luisa le interrumpió nerviosa. Aunque comprendía que el gitano había obrado incorrectamente, se sentía dispuesta a defenderle por una inclinación misteriosa que estaba por encima de la voluntad.

—¿Ves como no tienes ni pizca de sentido? No se puede llevar a un hombre a la cárcel por besar a una campesina...

—Es que tú no eres una campesina.. Tú eres...

—Entonces se enterará todo el mundo de quién soy, y de que me ha besado. ¿Es que buscas el escándalo de la Corte?

Habían llegado ante una de las puertas de Palacio. El coche se detuvo. El Gran Duque ofreció su brazo a la princesa, pero ella lo rehusó con marcado gesto desdenoso y le dijo:

—Paga al cochero. Haz el favor.

Y sin aguardarle, se encaminó hacia el interior del alcázar.

Muy contrariado por todo lo que estaba sucediendo, el Gran Duque pagó el importe del viaje.

—Tenga.

—Muchas gracias, excelencia. ¡Oh, mire usted! A la señorita se le ha caído esto.

Y el cochero recogió un precioso broche de brillantes que María Luisa acababa de perder.

—Gracias—dijo el Gran Duque guardándose la joya.

Y entró en Palacio para entregar a su prima la alhaja y procurar hacer las paces con aquel temperamento inquieto.

María Luisa encontró en su cámara a su doncella.

—Pero ¿dónde estabas? ¿Quieres decirme dónde te habías metido?

—Busqué a Vuestra Alteza por todas partes.

Ella sonrió. Por un momento evocó la escena con el gitano, escena que, cuando no la dominaba el orgullo, le parecía deliciosa.

—De todos modos, ha sido mejor que no me encontraras.

Renée dió un grito de sorpresa:

—Alteza!

—¿Qué?

—El broche del Gran Duque!...

Estoy segura de habérselo prendido yo misma a Vuestra Alteza.

La princesa vió que no llevaba aquella alhaja que le había regalado Alejandro al regresar del pensionado.

—¡Es verdad! Ve, a ver si se me ha caído en el coche... ¡Pronto, mujer!

Salió Renée como una ardilla y en el corredor se topó con el Gran Duque Alejandro.

—¿Ha despedido el coche Vuestra Excelencia?

—Sí... ¿Qué? ¿Qué sucede?

—Su Alteza ha perdido el broche.

—¡Ah!, ¿sí? Yo...

Fué a poner la mano en su bolso, donde guardaba la joya, pero rápidamente una idea le hizo sonreír y desistió de devolverla.

—¡Qué contratiempo!—murmuró.

—Voy a decírselo a la princesa.

La vió desaparecer, y el Gran Duque continuó con su sonrisa cínica... El sabía aprovechar bien las ocasiones. Aquel incidente le serviría a las mil maravillas para su plan. Era preciso aprovecharlo todo para defender sus anhelos.

Renée, muy triste, explicó a la princesa.

—Ya habían despedido el coche.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Su Excelencia el Gran Duque.

Alejandro apareció en aquel momento y avanzó hacia su prima con fingida inquietud.

—Me dice tu doncella que has perdido el broche.

—Sí.

—¿No recuerdas cuándo lo viste por última vez?

—Déjame pensar...

Era el instante de herir con el arma incisiva de la calumnia.

—Ya, ya. No hay duda. ¡El zíngaro! ¡El te lo robó!—acusó injustamente con el deseo de provocar contra el gitano una explosión de odio de la princesa.

Pero la tentativa no dió resultado. Ella, que conservaba el recuerdo ingenuo y cordial de aquel hombre, rechazó, por absurda, la suposición.

—¡Qué tontería! ¡Es imposible!

—¿Imposible?... Yo sé lo que me digo... Esos vagabundos tienen una ligereza de dedos extraordinaria y no se detienen ante nada.

María Luisa, impaciente, advirtió a la doncella:

—Renée, avisa al cabo de guardia que se presente en seguida.

—Voy en el acto.

—Es muy raro lo sucedido... Y

de todos modos, no puedo creer que haya sido él...

—No recuerdo que ningún otro se haya acercado tanto a ti esta noche...

—¡Alejandro!

—Menos mal que has tenido la decisión de mandarle prender...

Entró el cabo de guardia, y María Luisa le trasmittió sus órdenes.

—Cabo, necesito que encuentre usted al cochero que nos ha traído hasta la puerta de las Columnas. He perdido mi broche de brillantes.

El Gran Duque se volvió rápidamente hacia ella.

—Pero ¿no quedamos en que ibas a detener al zíngaro?

—Estas son mis órdenes por ahora — contestó María Luisa que se negaba a considerar al gitano como un vulgar ladronzuelo.

—Pero...

—Nada más.

El cabo saludó rígidamente.

—¡A la orden, Alteza!

—Yo le acompañó... Puede que mi auxilio sea útil... ¿Me excusas, primita?

—Con mucho gusto.

Alejandro se marchó tras el cabo sin reparar en la ironía de la princesa. Era preciso, absolutamente necesario que sobre el zíngaro se hiciera recaer la responsabilidad del

robo. Había que inutilizarlo para que la princesa borrarse toda simpatía por él.

Ya en el amplio corredor, le llamó:

—¡Cabo!

Se detuvo éste, y entonces el Gran Duque, quitándose una de las decoraciones que llevaba en el pecho, la prendió sobre la guerrera de su inferior.

—Por encontrar el broche de la princesa...

El cabo parpadeó sorprendido.

—Pero, Excelencia, si aún no lo he encontrado.

—Todo se andará... Mañana mismo me ocuparé de tu ascenso... Me ocuparé personalmente... Basta una sola palabra mía para que el ministro de la Guerra... y después de este ascenso... ¿Quién sabe? Teniente... Capitán... Comandante... Coronel... ¡Quizás general!

—General?

—¿Por qué no? Hay otros que lo son, sin haber prestado tan importantes servicios a la monarquía. Cosas así ocurren una que otra vez...

Y cogiéndole por el brazo, se lo llevó lejos de allí, para conquistarle por su causa, solicitando su ayuda para la negra traición que preparaba.

* * *

Siguiendo las instrucciones que le había dado el Gran Duque y confiando en las promesas de éste, el cabo se dirigió a detener a Carol.

Con un piquete de soldados recorrió varios lugares hasta entrar en una taberna donde se hallaba Carol jugando una partida de naipes con unos compañeros.

—¡Alto! ¡Queda usted detenido!

—¿Quién? ¿Yo?... Pero ¿qué broma es ésta?

—No hay bromas que valgan...

¡Vamos!

Y le cogió bruscamente, dispuesto a llevárselo de allí.

Los compañeros de Carol miraban asombrados a los soldados. Y el rey de los gitanos, sin comprender las causas de su detención, pretendía que le explicasen aquella orden.

—Pero ¿por qué?

—Vamos, menos conversación... Y todos vosotros ya estáis largando de la ciudad con viento fresco. Vamos.

—¡Suelta! ¡No puedo saber por qué se me detiene?

—Ya se lo dirán a usted.

—Pero...

Los otros gitanos protestaron contra aquella injusticia que iba a separarles de su rey.

—Si no ha hecho nada...

—¿Por qué lo detienen?

—¡No puede ser!... ¡Déjelo libre!

—¡Basta! ¡Siga usted! — gritó el cabo de mal humor.

Carol se pasó una mano por la frente, comprendiendo al fin la causa de su detención.

—Pero ¿será posible?... ¡La muchacha a quien besé!... ¡Sí... sí!...

Bien claro dijo que me haría prender... Lo malo es que nunca creí que lo dijera en serio. ¡Está bien!... ¡A sus órdenes, cabo!...

Y volviéndose al gitano Gregor, su hombre de confianza, le advirtió:

—Llévate la caravana a los montes. Allá iré yo...

—¿No tardarás?

—No creo que sea grave la sanción... Por besar a una mujer... apenas debe haber penitencia... ¡Y si es tan bella como la que denuncia, menos aun!... ¡En marcha, cabo!

Y se dejó conducir, sonriente al verse preso por un delito de amor.

* * *

El Gran Duque Alejandro informó a la princesa de que el zíngaro había sido detenido y le entregó el broche de oro, asegurando con inaudita desfachatez, que había sido encontrado en uno de los bolsillos del gitano.

—¡Ya lo decía yo! — exclamaba cínico y jovial —. Estaba tan seguro que hubiera apostado mi mano derecha...

María Luisa, a pesar de las pruebas abrumadoras, todavía se resistía a creer en la responsabilidad de

aquel muchacho de tan fina simpatía... ¡Oh, tal vez a ella se le hubiese caído el broche y él lo hubiera recogido después! ¡Pero, robárselo, cometer aquel delito, aquella infamia!

—¿Dónde está? — preguntó nerviosa.

—En el Cuerpo de Guardia, Alteza... Esperaba órdenes — explicó el cabo.

—Traedle aquí... Quiero interrogarle...

Alejandro quería evitar esto.

—No sé para qué... Tenemos la evidencia de que es culpable...

—Traedle ahora mismo.

Su orden fué tan fría y severa que el cabo se inclinó.

—Perfectamente, Alteza.

Y marchó para ir en busca del prisionero.

El Gran Duque deseaba impedir aquella entrevista. Sospechaba que pudiera brillar la inocencia del mozo y él quería evitarlo de todas maneras, con un deseo de anularle para siempre.

—¿No crees que será mejor que me encargue yo de estas diligencias?

—He dicho que le interrogaré yo misma.

—Pero ¿es que crees que va a decirte la verdad?... No seas inocente. Tendré yo que quedarme, es mejor... Nadie sabe a lo que se puede atrever ese...

—Le interrogaré yo... a solas.

—Bueno, bueno... como quieras. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Y Alejandro se alejó inquieto, confiando sólo en su buena estrella, para que la responsabilidad del gitano continuara en todo su rigor.

María Luisa se dirigió hacia otro de los sumptuosos salones y pronto vió aparecer por el fondo del gran

corredor al rey de los gitanos escoltado por un piquete.

Tembló la princesa. Aquel hombre había sido el primero que le había causado una emoción de amor. No era posible que el corazón que sabía decir tan bonitas frases pudiera alimentar sangre de ladrón.

El piquete, a la orden del cabo, se detuvo, y Carol contempló desorientado aquel maravilloso palacio.

—¡Vaya una cárcel!

A una orden del cabo fué avanzando por el corredor hacia la contigua estancia, en cuyo centro, contemplándole fijamente, se hallaba una hermosa mujer.

A medida que adelantaba hacia ella, crecían su emoción y su asombro. ¡Aquella gran señora, aquella dama que vestía tan lujosamente, era la misma campesina que él había besado horas antes!

¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué cambio era aquél? ¿Soñaba? ¿Vivía un cuento de hadas en que todo fuera engaño encantador?

María Luisa le contemplaba sin rencor, con el aire de la mujer cuyo corazón sabe perdonar siempre.

Quedaron frente a frente. A lo lejos, los soldados esperaban las órdenes emanadas de la soberana.

María Luisa rompió el silencio. Con una voz que en vano quería ser severa le dijo:

—Bien... Tú dirás.

Carol, aturdido, balbució:

—Yo... no sé qué decir... Claro... No sé qué tratamientos...

—Alteza.

—¡Ah, Alteza!... Entonces... ¡Ay, Dios mío!... ¿Es usted, pues, la princesa María Luisa?

—Creí que adivinabas mejor.

Quedó clavado en su sitio, bajo el espolonazo de la impresión. ¿Quién podía haber descubierto nunca que tras el gracioso atavío de la aldeana se escondiera la sobrenaña del país?... ¡Y él la había cortejado, había cantado una canción de amor por su belleza, había besado sus labios!...

—Verdaderamente... — murmuró. Me he equivocado... Todos nos hemos equivocado...

—Supongo que sabes de qué te acusa...

El gitano suspiró. ¡Besar a una reina! Era realmente una ofensa muy grande, muy excesiva... Pero la reina era tan joven, tan hermosa... y él amaba a las mujeres con tanto afán... Reina... sí... pero también mujer...

Y reaccionando de su temor, sin dar demasiada importancia a la co-

sa, sonriendo con un aire picaresco al recuerdo de la noche inolvidable, contestó:

—Sí, Alteza. Y, a pesar de todo, me alegro de reconocer que soy culpable.

—¿Qué?

El asombro de María Luisa fué indescriptible... ¿Era culpable del robo y se alegraba de esa culpabilidad? ¡Qué cinismo!... Cuando ella creía que el gitano se desharía en protestas de inocencia, se encontraba con que reconocía tranquilamente su culpabilidad y aun hacía gala de ella... Le pareció no haber oído bien... tan absurda creía la respuesta. Pero las nuevas palabras de Carol la sacaron de dudas.

—Digo, Alteza... que me felicito de reconocerme que he sido culpable.

—¡Ah! ¿De modo que estás orgulloso de lo que has hecho?... Esta noche, que quise conocer mejor mi pueblo y traté de unirme a la alegría de todos, olvidando quien soy... tú has deshecho el encanto.

—Lo siento, Alteza... ¿Cómo iba yo a saber que usted era una princesa?

—¿Y si lo hubieras sabido?...

—Entonces sí sería... quizás, culpable.

La inaudita tranquilidad de

aquel hombre enfurecía a la princesa. Era preciso condenarle, hacerle sentir todo el peso de la ley.

—Te condeno a trabajos forzados durante... siete días.

El castigo era leve, no se veía con fuerzas para castigarle demasiado. Unos días de arresto y que desapareciese luego de su vista.

Y, nerviosa, antes de que se arre-

pintiera de su generosidad, llamó a los soldados:

—Llevaos a este hombre.

Dos soldados rodearon a Carol. A éste le pareció excesiva la pena impuesta por un beso... pero comprendiendo la inutilidad de protestar, siguió a los soldados.

María Luisa fué a encerrarse en su cuarto con la tristeza de aquel amargo epílogo a un cuento de amor.

* * *

La condena a trabajos forzados la pasó Carol en la cocina de Palacio, mondando patatas.

No se preocupaba demasiado de su castigo y procuraba cantar y distraerse. Los cocineros admiraban su buen humor, sus ocurrencias, sus simpáticas canciones. Y él, indiferente, realizaba su faena sin parecerle demasiado largo el tiempo.

El jefe de cocina vió que el trabajo se realizaba muy lentamente.

—Vamos, muchachos, daos prisa, que a este paso no va a estar listo el almuerzo de Su Alteza... Vamos, hombre... — añadió mirando a Carol—. Vamos. ¡Nunca he visto tanto vago! ¿Y esto tampoco está? ¡Vamos! ¡Aprisa!

Iba de un lado a otro dando ór-

denes, procurando transmitir a sus subordinados el ardor de la actividad.

Luego desapareció hacia un departamento contiguo.

Uno de los cocineros murmuró a Carol, que se hallaba impávido en su tarea:

—Cántala otra vez... Ahora es la ocasión.

Y Carol, sin temor al jefe de cocina, entonó su canción de caminante que tiene por patria todas las tierras del mundo.

*Canta tu libertad,
Zingaro vagabundo.
Busca tu felicidad.
Donde la puedes hallar.*

Su canción era coreada por todos sus compañeros, que seguían el compás de aquella música nostálgica, mientras realizaban sus faenas. Unos batían huevos, otros amasaban pan, otros cortaban grandes trozos de carne, y los demás preparaban las salsas. Pero todos acompañaban su labor con aquella canción de melancólica libertad.

*Vaga sin descansar
Zingaro por el mundo.
Vive siempre feliz
El mundo entero es tu hogar.
Tu caravana alegre va
Sin hallar fronteras
La mujer te brindará
Todo el amor que tú quieras.*

Hasta las mismas tapaderas de las cazuelas parecían bailar al son del triste y nostálgico ritmo. Y el jefe de cocina, reapareciendo, vió calmado instantáneamente su furor, y esgrimiendo un cucharón a guisa de batuta, se unía también a los cantantes.

Carol dirigía el coro.

*Canta tu libertad,
Zingaro, tú sabrás
Que donde tengas puesto el pie
Zingaro, allí reinarás.*

La estrofa terminó con un agudo sostenido, y el jefe de cocina, entusiasmado con aquella postrera nota, agitó nerviosamente el cucharón y luego lo dejó caer sobre la salsa, viniendo toda la salsa a salpicarle el rostro y ponerle como nuevito. Esto le enfureció y gritó, como venganza:

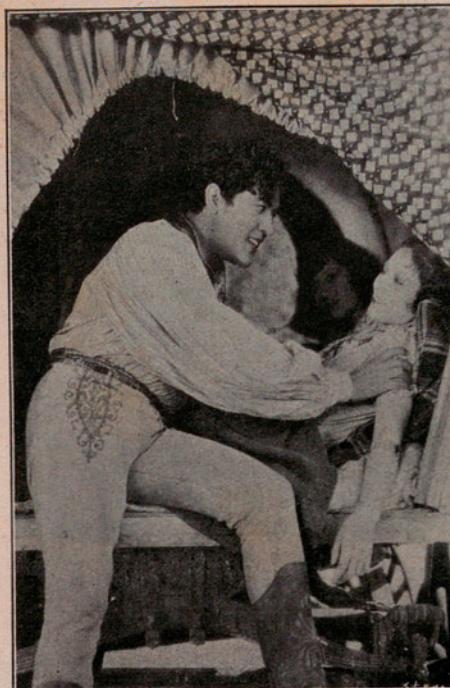
—¡Silencio! ¡A trabajar todo el mundo!

Cesaron los cánticos y todos los cocineros se afanaron en la terminación de sus salsas y guisos.

Carol, cerca del jefe de cocina, observaba cómo éste estaba preparando una ensalada.

—¿Para quién es eso? —le preguntó.

—Para la princesa, a la que de



... le obedecían, desperezándose lentamente...



—¿Y desde cuándo se atreve una princesa a dar órdenes a un rey?



—Querida prima, te deseo un dia muy feliz.



... entre los que tiraban, se hallaba la mismísima princesa...

Y le ofreció su mano, olorosa y fina...



Era la primera canción de amor
que había oido...





—Estaba tan seguro que hubiera apostado mi mano derecha...

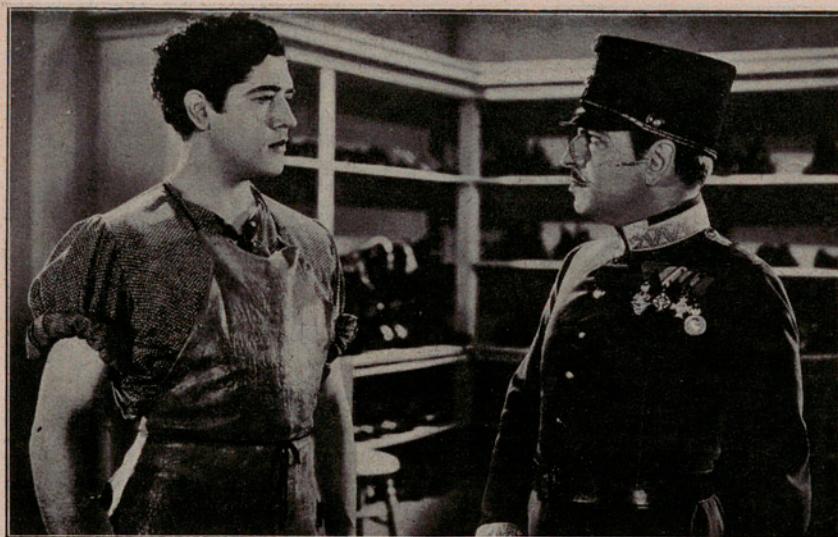
¿Vivía un cuento de hadas en que todo fuera engaño encantador?



—Y estoy orgulloso de que haya sido de vuestro real agrado.



—Vuestra Alteza, con perdón, es más prisionera que yo...



—... el caso es que irás a las prisiones del Estado.



—Permitidme que os presente a
mi invitada.

—Calma, Alteza, esas patatas
costaron dinero.

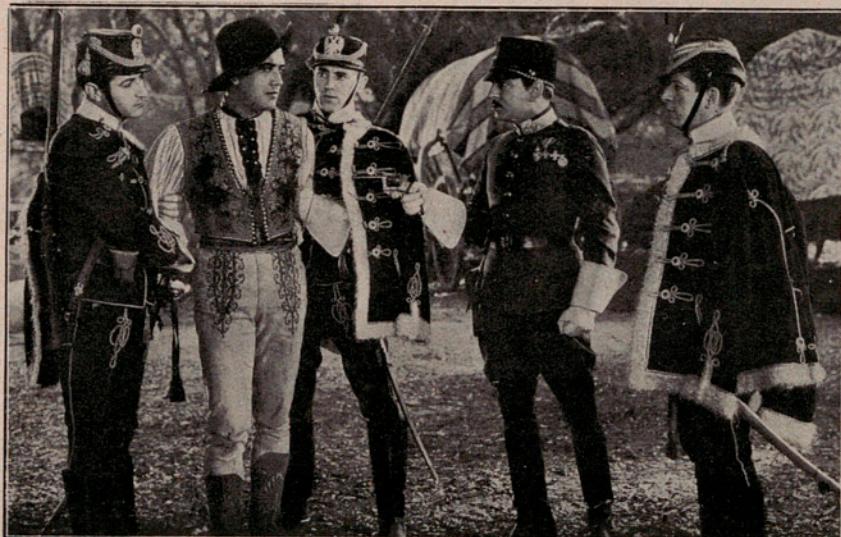


... Carol, un poco dominado por el
ambiente romántico...





—¡Deje eso!



—Exijo la inmediata libertad de Su Alteza Real.

EL REY DE LOS GITANOS

un tiempo a esta parte no acierto a darle gusto...

—La culpa debe ser de la comida, no de la princesa...

—¿Qué?

—Quiero decir que la princesa sé que tiene gustos muy sencillos. Y probando el plato en preparación, comentó:

—Esta ensalada es detestable.

—¿Cómo detestable?

—Quiero decir que podría ser mucho mejor.

—¿Eh?

—Si no acierta a complacerla ¿por qué no le hace una ensalada de amor?

—¿Ensalada de amor?... En mi vida he oido nombrarla.

—Peor para usted... Basta comer un poco de esta ensalada para verlo todo de color de rosa y sentir cómo late más fuerte el corazón... ¿Quiere que le haga una?

—Veamos cómo se las arregla usted...

—Con su permiso...

Y comenzó a preparar una ensalada especial.

—Primero, lechuga... En la lechuga, como en las mujeres, el corazón es lo más duro y escondido... ¡Ah, ja, ja! ¡Bien!... Las hojas son verdes, como las esperanzas que ellas nos dan... Ahora manzana, la fruta que ofreció Eva al primer hombre con el primer engaño... Naranja... el fruto del azahar... Melocotón, de piel suave como la mujer, pero más dulce...

Y de esta manera fué condimentando una ensalada, a su juicio deliciosa... ¿Le gustaría a la princesa?

¡Oh, Carol no sabía olvidarla... y muchas horas durante su cautiverio en la cocina, había pensado en las gracias delicadas de aquella morena de grandes ojos!

¿Por qué no tuvo que ser siempre una campesina como aquella noche? ¿Por qué todo no es siempre como nosotros queremos?... Ahora estaba a una enorme distancia de ella, imposible de salvar... a la altura de una estrella... ella... a la que creyó flor fácil de prender sobre el pecho.

Su Alteza Real presidía la mesa. Los demás comensales eran el Gran Duque Alejandro y el presidente del Consejo de Ministros.

Un criado servía los exquisitos manjares.

La princesa comentó de pronto, mientras señalaba el plato que tenía delante:

—Es la mejor ensalada que he comido nunca.

—Muy cierto, Alteza — dijo el primer ministro, devorando codiciosamente su parte —. La ensalada es una obra maestra.

El Gran Duque fué de la misma opinión.

—¡Prodigiosa!... Una ensalada verdaderamente regia... Estoy seguro de que voy a repetir. Mi felicitación al jefe de cocina.

La princesa sonrió.

—Al jefe de cocina? Tú le

crees capaz de lograr una ensalada así?

Llamó al criado.

—Entérate de quién la ha hecho. Quiero yo misma premiar esta muestra de fina adhesión a la corona.

—Muy bien.

—Hay que animar a esa gente, si queremos comer bien.

—Naturalmente — dijo el presidente —. Es más, esto debe premiarse. ¿No se condecora al soldado que gana una fortaleza? Con cuanta más razón por una buena ensalada... que es mucho más difícil.

Alejandro indicó:

—Excelente idea... Vamos a condecorarle... Elige tú misma.

La princesa escogió una medalla entre las que ornaban el pecho del Gran Duque.

—Esta... La del Mérito Naval.

En aquel momento entró Carol con un aire sonriente. Llevaba aún el mandil de cuero que usaba en la cocina.

Al verle, la princesa palideció y el rostro del Gran Duque adquirió de nuevo una expresión airada.

—¿Qué haces aquí? — le interrogó ella.

—Vuestra Alteza me mandó llamar.

—¿Yo?... No... Es que... ¿Es que tú has hecho esa ensalada?

—Sí, Alteza... Y estoy orgulloso de que haya sido de vuestro real agrado.

Le pareció que Carol ponía unas notitas de ironía en sus palabras, y no queriendo sentirse humillada hasta el extremo de agradecer algo al hombre que le había robado el broche, al hombre que le había causado a la vez la ilusión y la desilusión más grandes de su vida, rectificó inmediatamente:

—De mi agrado? Nunca probé una ensalada peor en mi vida. Ni la he pedido comer.

Sorprendido, Carol repuso:

—Pero ¿es que no le?...

—No.

El gitano sonrió al ver que en el plato de la princesa apenas queda-

ba ya ensalada, y que igual sucedía en los platos de los demás... y que tampoco la había en la fuente. ¡Pues si les llega a gustar!

—¡Retírate! — le ordenó la princesa.

—¡Vamos! ¡Fuera de aquí! — gritó el Gran Duque con desprecio.

Carol envolvió a Alejandro en una mirada altiva, de infinito desdén, y luego, volviéndose hacia la princesa, dijo con voz que quería ser humilde:

—¡Voy, Alteza!

Apenas hubo desaparecido, María Luisa, sintiéndose humillada, gritó:

—¡Insolente! ¡Buscadle otro castigo!... Que no vuelva yo a verle.

—Se cumplirá vuestro deseo.

Y entregando nerviosa la medalla del Mérito Naval al jefe del gobierno salió del comedor.

Y, a su vez, el presidente devolvió la condecoración al Gran Duque Alejandro, que estaba visiblemente satisfecho del odio que parecía profesor la princesa contra aquel insolente jovenzuelo que había tenido la pretensión de creer que ella le escucharía rendida por sus ardientes declaraciones románticas.

desagradables, comenzó la melodía que salía lamentable de su garganta, sin el sortilegio de la bella voz.

Prescindiendo de él, Alejandro prosiguió:

Muero de dolor.

Y la voz burlona del gitano parodiaba:

Tráiganle un doctor.

Alejandro, que se sentía con la sangre encendida, continuó, mirando a la princesa, a quien divertía la rivalidad de los trovadores:

*Amada indiferente,
Oye el triste llanto
Con que yo canto a tu balcón.*

Pero apagando el eco de su pobre voz, Carol cantó con valiente ánimo, mientras dentro, sus compañeros bailaban al son de la guitarra:

*Pobrecito del amante que está dolorido...
Pobrecito del amante que vive penando...
Pobre del galán romántico que está sufriendo
Infeliz del pobre trovador...*

A la princesa la divirtió aquella intervención burlona del gitano, cuya voz reconoció al momento, mientras el Gran Duque, nervioso, continuaba:

Oye mi cantar.

Carol le interrumpió:

¿Dónde irá a parar?

Su voz había dominado la de Alejandro, que calló al fin, com-

El caballerizo Remetz, que se las echaba de conocer bien a las mujeres y el momento oportuno para vencerlas, aconsejó poco después al Gran Duque:

—¡Excelencia!

—¿Eh? ¿Qué?

—Ahora es el momento... ¡Ahora o nunca!

—¿Qué momento?

—El de ganar el corazón de su Alteza.

—No sé cómo. A mis continuas protestas de amor no ha contestado más que con un desvío glacial...

—Es que Su Alteza no quiere oír hablar a Vuestra Excelencia de caballos, de uniformes y de razones de Estado. Hay que ofrecerle algo distinto para llegar a su corazón... Pasión... aventura... romanticismo. Eso es lo que para ella significaba el zíngaro de la feria. Ahora que

ya no le interesa... es el momento. Vengan balcones bañados por la luz de la luna y vengan murmullos de músicas lejanas... y guitarreos... y serenatas... ¡Eso es! ¡Serenatas!... ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?... ¡Serenatas!

—Tienes razón, Remetz... Acaso aciertes hoy. Vamos a probar la serenata... Yo que nunca fuí romántico, me voy a convertir en una especie de trovador.

Y aquella noche, el Gran Duque y su amigo Remetz se dirigieron al jardín, al pie de la ventana donde tenía la princesa su habitación.

Iba el Gran Duque con una guitarra y un atril sobre el que colocó el papel pautado.

Y, ayudado por Remetz, que le daba la nota con el diapasón, y después de templar varias veces la guitarra, que lanzó algunos sonidos

prendiendo la inutilidad de su esfuerzo. La princesa parecía haber escuchado con verdadero interés al joven rey.

Remetz estaba aterrado y en vano quiso excitar a su señor a que de nuevo continuara...

Pero el Gran Duque, dándose cuenta de su papel desairado, oyendo las risitas burlonas, lanzó lejos

el atril y esgrimiendo la guitarra, dijo a Remetz:

—Conque serenatas, ¿eh?

E hizo añicos la guitarra contra la cabeza del pobre Remetz, que había olvidado que no bastan las condiciones románticas para seducir el alma de una mujer joven... que quiere a su lado juventud.

* * *

Al volver de su cotidiano paseo matinal, oyó la princesa a un centinela que en el patio cantaba una canción.

*Canta tu libertad,
Zíngaro vagabundo,
Busca felicidad
Donde la puedas hallar.*

Aquella canción la molestaba. Le traía el recuerdo del gitano que se había burlado de ella, que la había

ofendido gravemente al robarle la joya...

Entró en Palacio y tuvo una desgradable sorpresa al ver pasar a un criado cantando nuevas estrofas.

*Vaga sin descansar,
Zíngaro, por el mundo,
Vive siempre feliz
El mundo entero es tu hogar.*

Pero ¿por qué cantaban aquella

canción de gitanos? ¿De dónde la habían aprendido?

Aun tuvo que soportar la voz de otros criados, entregados cada cual a su labor:

*Tu caravana alegre va
Sin hallar fronteras,
La mujer te brindará
Todo el amor que tú quieras.*

Entró precipitadamente en su cuarto con el deseo de huir de aquellos cantos nostálgicos.

Mas otras estrofas que cantaba su doncella Renée, vinieron a herirla:

*Canta tu libertad,
Zíngaro, tú sabrás
Que donde tengas puesto
El pieeeee...*

—¡Por Dios! —dijo la princesa. —¿Tú también? Pero ¿es que se han vuelto todos locos en Palacio?

—Sí, Alteza.

—¿Qué?

—Digo, no, Alteza.

—¿Quién ha comenzado a cantar esa canción?

—No sé... Quizá el zíngaro.

—¡Ese hombre!

—Como es una música que se pega tanto al oído...

—¡Demasiado! ¡Es una epidemia!

De nuevo hirieron sus oídos unas

voices varoniles que cantaban la misma canción.

Se asomaron al mirador y desde allí contemplaron a un grupo de presos que avanzaban escoltados por unos soldados. Entre los presos, a los que se llevaba a dar un paseo por un patio cercano, se encontraba Carol.

Cantaban aquellos hombres la misma canción que les había enseñado el zíngaro y en la que parecían encontrar un consuelo a su libertad perdida.

El cabo de guardia avanzó hacia ellos y les gritó:

—¡Alto! ¡Y silencio todo el mundo!

Le obedecieron instantáneamente, y el cabo, mirando a Carol que conservaba su sonrisa vanidosa, le dijo:

—Tú, ven aquí. Estoy harto de oír tus berridos. Veremos si con tu nuevo oficio tienes ganas de cantar... Y vosotros, ¡de frente, marchen!... Y sin decir una palabra.

Y mientras el grupo de detenidos iba con los guardias a dar el acostumbrado paseo, Carol seguía al cabo, que con aire enérgico y frío se disponía a castigarle severamente, cumpliendo las órdenes de Su Alteza de extremar los rigores contra él.

La princesa había vuelto a entrar en sus habitaciones y comentaba tristemente con Renée:

—¿No crees que he sido demasiado severa con él?

—¿Qué quiere Vuestra Alteza que le diga?

—La verdad.

—Pues, la verdad es... que sí.

Y llevaba razón. La princesa se arrepentía de ello. A pesar de todo

lo sucedido, de que aquel hombre había cometido una falta imperdonable, algo le atraía hacia él con una fatalidad de imán. ¿Era amor? ¿Era simple romanticismo, o algo más hondo y permanente que herría su sensibilidad y su corazón?

Y quedó inquieta, vacilando entre continuar el castigo del gitano o irle generosa a perdonar.

* * *

Habían entrado en uno de los departamentos de las caballerizas donde se hallaban colocados numerosos pares de calzado pertenecientes a los nobles de la corte.

Le mostró el cabo de guardia las hileras de calzado y dijo:

—Aquí tienes trabajo para todo el día. Y que los dejes todos bien limpios, ¿eh? Vamos, a trabajar, pronto.

—Está bien, cabo.

Quedó solo Carol, lanzando un suspiro cómico ante el formidable trabajo que le esperaba.

Cogió un cepillo y comenzó su tarea. Primero limpiaría el calzado de la princesita, y cogió un lindo par de zapatos de raso negro, zapatos de hada...

—Su Alteza tiene un piececillo que es un encanto...—murmuró.

Preocupado con darle brillo a aquel calzado, no se fijó en que la princesa había llegado hasta la puerta y desde allí le observaba con atención.

Carol, abstraído, colocó los finos zapatos en el suelo, junto a los suyos, que formaban un violento contraste, y dijo con satisfacción, traduciendo sus pensamientos en voz alta:

—No hacen mala pareja, ¿verdad? No hay que perder la esperanza... Quizás alguna noche os encontréis juntos bajo...

La princesa, indignada por aquellas palabras, avanzó hacia él en una actitud de violenta energía. Aquellos conceptos la habían humillado al adivinar lo que pensaba el gitano, aquel hombre de casta inferior, respecto a ella.

—¿Cómo te atreves? ¿Es posible? ¿A tanto llega tu insolencia?

Carol se levantó y miró un poco desconcertado a la princesa.

—Perdón, Alteza, yo...

—¿No sabes que eres mi prisionero?

Con una sonrida desdenosa, de hombre avezado a imponer su dominio espiritual sobre las mujeres, le contestó:

—Vuestra Alteza, con perdón, es más prisionera que yo...

La calma de aquellas palabras acabó de exasperarla.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que yo algún día seré libre... libre para vagar... para ir donde se me antoje. El mundo entero será mío. En tanto que Vuestra Alteza permanecerá prisionera dentro de los muros de su palacio...

—¿Quién, yo? Soy la soberana, ¿entiendes? No sólo hago mi voluntad, sino que la impongo a los demás.

—Quizás... pero...

Y su voz adquirió ese encanto especial y romántico de los que presentan a la mujer un panorama delicioso.

—¿Ha conocido alguna vez Vuestra Alteza la verdadera alegría de vivir? ¿Ha dormido una sola noche bajo las estrellas encendidas? ¿Ha arrullado su sueño el rumor del viento en las ramas de los árboles? ¿No le ha despertado nunca el primer rayo de sol?

Sonrió ella fríamente.

—Todo eso, las estrellas, los árboles, el rayo de sol, el viento, está también en mis dominios.

—Sí, pero Vuestra Alteza no puede gozarlo. Está atada al protocolo y a la formalidad de la Corte... ¡Ah, hay que ser libre cuando

se es joven y el corazón salta en el pecho, para gozar enteramente, hasta lo más profundo del alma! Vuestra Alteza es joven y es mujer... debería de comprenderme.

¡Cómo le habían herido aquellas frases, que parecían leer en su alma con absoluta claridad! Pero iba a contestar, dispuesta a no permitir que un inferior le diera consejos, cuando entró uno de los mayordomos y la advirtió:

—Alteza, su excelencia el primer

ministro espera a Vuestra Alteza en el Salón de Consejos.

Dudó unos instantes la princesa, pero al cabo, después de dirigir una mirada en la que aún palpitaba el rencor contra el gitano que había osado creer que algún día estarían juntos los zapatos suyos y los de ella, salió precipitadamente, mientras Carol seguía con los ojos su paso hasta perderla de vista y volvía a sentir su corazón lleno de ella.

El Gran Duque daba muestras de viva indignación. Leía una y otra vez la nota que le había entregado su caballerizo.

Pido perdón a Vuestra Alteza por mi atrevimiento de esta mañana,

Carol.

—¡Esto es indigno!

—Yo mismo pude ver cómo él lo colocaba en uno de los zapatos —advirtió Remetz.

—¡Bien, bien! ¿De modo que ese zíngaro sin escrúpulos mantiene correspondencia privada con mi prima?...

—Sí, excelencia, y conversaciones interesantes.

—Pero ¿y escribir? ¿No es peor escribir?

—Sí, excelencia. Digo, no, excelencia.

—No, no, claro que no. Ya lo pagará bien caro ese insolente.

—Sí, Excelencia.

—Y los dos creerán que se están riendo de mí.

—Sí, Excelencia.

El le dirigió una mirada furibunda.

—¡Eh, vamos, pronto! Mi kepis, mis guantes, mi pistola, mi fusta. ¡Pronto! ¡Pronto!... ¡Por mil rayos!...

Y mientras Remetz, atolondradísimo, se apresuraba a entregar todas aquellas prendas a su amo, allá en su estancia, la princesa María Luisa escuchaba a Renée que le había dicho:

—Alteza, quisiera hablar a Vuestra Alteza privadamente.

La soberana ordenó que se retiraran las doncellas que estaban con ella en aquel momento, y, al quedarse a solas con Renée, preguntó a ésta:

—¿Qué ocurre?

—Quisiera decirle que el zíngaro es inocente y que... que no robó el broche de Vuestra Alteza...

—¿Cómo no? Si él mismo lo confesó...

—Déjeme Vuestra Alteza que me explique. Acabo de encontrar al cochero. El mismo encontró el bro-

che y lo entregó a Su Excelencia el Gran Duque.

El asombro, la sorpresa, la indignación coloreaban las mejillas de Su Alteza.

—¿Quieres decir que?...

—Sí.

—¡Oh, Dios mío!... Pero ¿cómo ha podido ser tan ruin?... ¡Pobre Carol! ¡Pobre gitano!... ¿Por qué no defendió su inocencia?... ¿No será que?... ¡Oh! Tengo que verle, tengo que hablar con él... tengo que pedirle perdón... ¡No crees?... Ahora voy.

—Alteza, no así...

Y le señaló el batín de seda con que había cubierto su delicado cuerpo.

—No, claro que no... Dame otro traje... ¡Pronto!

Se sentía feliz ante la idea de que él era inocente. Experimentaba una satisfacción misteriosa, un goce legítimo de su alma... Volvía a encontrar, sin saber por qué, la ilusión perdida aquella noche en la feria... Quería hablar con Carol, justificarse ante él, pedirle perdón por el castigo injusto...

Hablaban alegramente, nerviosamente, y en sus ojos se volvía a encender una luz que señalaba de nuevo el camino del amor.

El Gran Duque, fusta en mano, y apretando los dientes con creciente ira, entró en las caballerizas.

—¡Tú, miserable! — dijo avanzando hacia Carol, que no sabía a qué atribuir aquella actitud insólita. — ¡Tú has comprometido a mi augusta prima! ¡A su Alteza Real!

—¿Por qué, señor?

—¿Vas a decirme que no sabes por qué? Ella misma me ha mostrado la inmunda carta...

Y le mostró el papel interceptado por Remetz.

—Yo no quise ofender a Vuestra Alteza, señor.

—Pero ella considera... yo considero... Bueno, el caso es que irás a las prisiones del Estado.

Había tanto odio, tanto rencor en aquellas palabras, que Carol comprendió cuál era la verdadera situación del Gran Duque. ¿No se trataba de un caso de celos? Y murmuró sin alterarse:

—¿Es orden de Su Alteza?

—¡Claro que lo es! Y yo mismo

me encargo de que se cumpla al pie de la letra y en seguida.

—Pero ¿por qué tiene tanto interés Vuestra Excelencia en quitarme de en medio? Tal vez para que le deje el camino libre, ¿eh?

—¡Oh, miserable!

¡Atreverse un villano, un gitano, a decirle aquello, a considerarle su rival!

Esgrimió la fusta con el ánimo de descargarla contra el rostro de Carol. Pero éste comprendió la intención y se adelantó a ella, pegándosele un fuerte puñetazo en la cara que le derribó en tierra desvanecido.

No había podido contenerse, pero inmediatamente se dió cuenta de las consecuencias de su acción. Cuando el Gran Duque volviese en sí, era capaz de hacerle fusilar. Había que huir inmediatamente y abandonarlo todo en busca de un país de mejor libertad.

Arrastró el cuerpo del Gran Duque hasta uno de los departamen-

EL REY DE LOS GITANOS

tos del establo, lo cubrió de heno y se dispuso a huir vistiéndose de cochero, aprovechándose para ello del tricornio y la librea que pendía de una percha de aquel departamento de las caballerizas.

Pero en aquel momento vió aparecer por el patio a la princesa María Luisa, que iba rápidamente en dirección a las caballerizas.

Un rápido y audaz pensamiento prendió en su imaginación. No tuvo mucho tiempo para meditar sobre él. Además, tal vez la princesa viniese de nuevo a insultarle. El quedaba allí exponiéndose a que el Gran Duque despertara.

No, no. No podía perder un minuto. Pero su fuga tendría un digno corolario: sería rapto, pues se llevaría también a la princesa. A pesar de la distancia social, la amaba, y pretendía que reinase en su corazón.

Cogió una manta y aguardó inquieto junto a la puerta. Y en el momento en que María Luisa atravesaba los umbrales se arrojó sobre ella, sin darle tiempo a la menor defensa.

Lanzó la princesa un grito de espanto.

—¡Ay, socorro! ¡Ay, socorro!... Pero la manta, rodeando su cuer-

po, aprisionando su cabeza, ahogó su voz.

Carol ató la manta a la princesa con unas correas, y viendo allí mismo la carroza real, cuyo cochero y lacayo se hallaban en aquellos momentos en las caballerizas en busca de unos correajes nuevos, metió dentro de ella a Su Alteza Real.

Vió venir en aquel momento a Remetz, que había oído el eco de la angustiosa voz femenina y no sabía a qué atribuirlo.

Aquel estúpido hombrecillo podía ser un obstáculo a su plan. ¡Ah! Pues lo vencería rápidamente.

Y ocultándose también junto a la puerta se echó sobre él, le hundió en la cabeza hasta el cuello una especie de bozal y, ahogando sus desesperados gritos, le metió también dentro del carroaje.

Ahora, a huir, antes de que cundiese la alarma. Saltó al pescante, tomó las riendas y emprendió buen trote hacia el campo.

Los centinelas le vieron pasar sin sospechar el engaño, sin saber que dentro la princesita iba prisionera... y al hallarse en pleno campo, aumentó la rapidez de la marcha.

Iba contento. Llevaba un tesoro: una hermosa mujer... Algo le decía que ella sería suya...

Una hora después el coche se detenía en pleno campamento gitano. Los zíngaros corrieron hacia él, extrañados de que llegase hasta allí aquel lujoso carroaje. Un griterío ensordecedor acogió la presencia de Carol cuando éste se descubrió.

—¡Oh, mirad quién viene ahí! ¡Carol! ¡Carol!

Saltó alegramente del pescante, con aquella sonrisa tan blanca y luminosa que parecía retratar también un alma blanca.

—¡Chist!... ¡Callad!... Traigo compañía.

—¿Cómo? ¿Quién es? — dijeron veinte voces.

—Pronto lo sabréis. Sencillamente se trata de corresponder a una invitación. He pasado unos días de huésped y creo que estoy obligado por mi parte...

—Tienes razón.

—Por supuesto.

—Pero ¿quién es?

—Esperad.

Abrió la portezuela y depositó en el suelo una figura humana.

Apartó la manta, y ante los ojos de todos apareció la delicada figura de la princesa, cuya mirada tenía una chispa de odio mortal.

—Permitidme que os presente a mi invitada — dijo, sonriente — Su Alteza la princesa María Luisa.

Acogieron todos con voces y risas esta presentación, dándose cuenta del buen golpe del jefe... Carol, sonriente, contemplaba con devoción a la princesa. Pero ésta, enfurecida por el agravio, por la inaudita falta de respeto, por el dolor de verse prisionera en un campamento de gitanos, gritó con voz que tenía temblores de cólera:

—Ordeno que se me lleve a Palacio inmediatamente.

—Pero ¿cómo? Si apenas ha llegado Vuestra Alteza a nuestro campamento. Déjeme devolverle mis atenciones y su gentil hospitalidad.

—Quiero volver a Palacio, y mis deseos son órdenes.

Odiaba en aquel momento a Carol. Pero éste sonreía...

De pronto hirió sus oídos una vocilla lastimera y se echó a reír.

—¡Diablo! Me olvidé del otro invitado.

Y sacando del coche otro bulto, le quitó el bozal y apareció la figura pequeñita y cómica de Remetz, que tenía las manos atadas.

—Compadres... Este es el correveidile de palacio... El caballerizo Remetz...

Todos le acogieron con grandes risas burlonas, y el pobre Remetz, que nunca había sido valiente, miró con ojos compasivos a la princesa.

—Remetz — le dijo la princesa. —Llévame a palacio ahora mismo.

Temblando, el pobre hombre se excusó. ¿Cómo luchar contra aquella gente superior en número y que las gastaban sin cumplidos?

—Alteza, yo... El caso es que ahora...

Carol sonrió.

—Su deseo de permanecer entre nosotros no puede ser más halagador para mí. Le encontraremos ocupación apropiada. ¡Ah, ya la tengo! Se encargará de cuidar a Tilly.

—¡Eso, eso! — dijeron todos entre risas.

—Pero ¿quién es Tilly? — preguntó, asustado.

—¡Ah, una gran bailarina! Presentad a Tilly ahora mismo.

Uno de los gitanos le cogió por un brazo y le hizo seguir.

—Te gustará, si te gustan las morenas.

—¿De veras? ¡Qué bueno!

Pero a poco le mostraron un oso que al ver a Remetz lanzó un extraño rugido, haciendo palidecer al caballerizo.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¡Un oso?

—¡Claro! ¿Qué creías? ¡Ese es Tilly!

—¡Ay, ay, ay!

Y le obligaron a permanecer junto a él, haciendo constante mofa de su temor.

María Luisa se sentía ultrajada en su dignidad real, en sus fueros de princesa. ¡Aquella plebe, riéndose de ella y de los suyos! ¡Aquel hombre, aquel Carol, al que había creído un día un ser poético y excepcional, convertido en su raptor!

—Supongo — exclamó con lentitud — que a mí también se me humillará. ¿No es eso?... ¿Tendré que trabajar en algo?

—¿Trabajar? No por cierto — contestó Carol. — Y aunque Vuestra Alteza me hizo trabajar en su palacio, yo, a mi vez, quiero de-

mostrarle la cortesía y hospitalidad de mi campamento.

—Para humillarme, ¿verdad? No creas que te voy a permitir dar lecciones de cortesía y de hospitalidad a una princesa. Ya que me has hecho prisionera, lo seré con todas las consecuencias. Quiero trabajar. Allá tú con la responsabilidad de tus actos.

—No es necesario que trabaje.

—He dicho que sí...

—He dicho que no...

—Pues he dicho que voy a trabajar...

—He dicho que no...

—He dicho que sí...

—He dicho que no...

Pero al final ganó la terquedad de la princesa. Ya que no otros trabajos más duros, se dedicó a mondar patatas, a ayudar a las gitanas en las tareas de la cocina.

A Carol le divertía aquel juego, aquel rapto, en cuyas consecuencias no quería pensar. Hombre que siempre se había tomado la vida a la ligera, había cometido aquella insensatez de raptar a la princesa real, de hacerla conocer, aunque fuese sólo unas horas, lo que era la vida del campamento gitano. Dentro de su alma juvenil y magnífica flotaban aún las divinas emociones de la esperanza. Le parecía

que la princesa y él podían formar una pareja feliz, amándose locamente, yendo solos por el mundo, abandonándolo todo con el hechizo del amor que no vive de otra cosa que de amor. No reparaba en la diferencia de clases, en que él era plebe y ella aristocracia, en que él era pobre y ella la princesa de un bello país... La amaba y deseaba ese amor, queriendo vencer antes que todo el orgullo y la fuerza de ella.

Viéndola mondar patatas con una torpeza aterradora, la advirtió, sonriente:

—Calma, Alteza; esas patatas costaron dinero.

Ella respondió bruscamente, furiosa contra aquel gitano al que no había modo de dominar:

—Seguramente al hombre a quien se las robasteis.

—Puede ser... Pero, en serio, Alteza... Permítame que como experto pelador de patatas— título que adquirí en las cocinas de palacio nada menos—, advierta a Vuestra Alteza que deje un poco menos de cáscara y un poco más de patata.

Pero ella siguió su faena con la misma falta de interés. Hacía las cosas expresamente mal. ¡Oh, cómo le fatigaba aquel campamento... y

aquellas gentes... y aquella vida... y aquel Carol! Quería odiar más que nada a ese hombre que dominaba su orgullo, y no podía. En vano quería llenar de cólera y santo rencor contra él la copa de su cora-

zón... Y su corazón permaneció vacío de odio... y, por el contrario, experimentaba una emoción inconsciente, desconocida, que más bien se acercaba al amor que a la indignación.

* * *

Mientras tanto, en el patio del palacio, el Gran Duque Alejandro estaba hablando con unos húsares.

El Gran Duque había vuelto en sí poco después de la huída de Carol y había salido del establo, enfurecido por la agresión inesperada y terrible.

Había dado órdenes inmediatas de que procediesen a la detención del gitano, al que quería fusilar sin contemplaciones, y ahora los soldados le daban cuenta de su gestión.

—Ni rastro del zíngaro, Excelencia.

—¡Por Dios que sois torpes y que vais a pagar vuestra torpeza!

—Hemos rebuscado por todas partes. En diez leguas a la redonda no hemos dado con él.

—¿Vais a dejar que ese... desacato a mi elevada persona quede impune?

—¡Excelencia!...

—Por motivos mucho más fútiles han corrido ríos de sangre. Si la princesa no fuera mi prima, yo mismo...

En aquel instante apareció la doncella Renée dando muestras de visible espanto.

—¡Excelencia! ¡Su Alteza ha desaparecido!

—¿Cómo?

El cochero de palacio se presentó ante ellos, muy sofocado e inquieto.

—¡Excelencia, también han desaparecido mi sombrero y mi librea... y la carroza.

—¡Maldición! ¡El zíngaro ha osado secuestrar a Su Alteza!... ¡A ver! ¡Remetz! ¡Remetz! ¿Dónde está Remetz?

—¡Remetz ha desaparecido también, Excelencia! — advirtió el cabo.

—¡Pero ese hombre no ha dejado ni los clavos! ¡A ver! ¡Mi caballo! Registraré el país de arriba abajo. Ese hombre ha colmado toda medida. Le haré trizas.

Estaba furioso, con los ojos encendidos de cólera. Mientras le preparaban el caballo, sacó la pistola de su bolsillo, y para dar muestras

de su indignación, la disparó contra el remate de la verja del jardín, haciendo saltar consecutivamente al aire seis bolas de hierro que le servían de adorno.

Seis tiros... y no había fallado su puntería. ¡Admirable tirador!

Mirando a los soldados que le contemplaban atónitos, gritó:

—A ese gitano le voy a meter tanto plomo en el cuerpo que va a ganar en peso. ¡Vamos, seguidme!

Y montando a caballo se puso al frente de su escuadrón, que marchó al galope, levantando espesa polvareda.

* * *

Poco a poco la indignación de la princesa parecía acallarse, y su alma volvía a tener una serenidad muy femenina.

Aquel atardecer paseaba por el campo, cuyo césped de intenso verde exhalaba un fuerte perfume. El crepúsculo deshojaba sus rosas de fuego sobre la bóveda azul. Era primavera. Los grandes árboles pa-

recían sentir en su interior una savia fecunda de vida.

La influencia de la hora seducía a la princesa, que había aceptado pasear con Carol, que la musitaba frases tiernas, que parecían armonizar con una hora en que todo era un canto de amor...

Habían hecho momentáneamente las paces.

Volvía ella a experimentar la emoción que sintió por primera vez en el mismo campamento gitano aquella noche de feria en que oyó voces que hablaban de amor y sintió en sus labios el roce tímido de un beso. Después, habían pasado muchas cosas... su cólera al saber que se trataba de un ladrón, la alegría de la verdad cuando descubrió que era inocente, la humillación del rapto, la dulce palabra de él, que buscaba los caminos de su corazón. Todo ese cúmulo de emociones contrarias se refundía, se estilizaba ahora, como buscando una salida deliciosa.

Al principio no podía olvidar la ofensa reciente, la consideración de que era prisionera. Pero a poco su ceño fué aclarándose, y sobre todos los sentimientos palpitó el de la mujer enamorada.

Y Carol, un poco dominado por el ambiente romántico del atardecer, por el leve rumor de las hojas que parecían pregonar el susurro de la creación, cantaba impregnando sus frases de una tierna melodía.

*El mundo es el reino del amor.
Aunque la humanidad olvida esta verdad.
¡Amor es ley!
¡Sólo hay que obedecer!*

*Alma sedienta de amar
Nunca es en vano esperar.
Ama, cuando el amor te llama
Escucha su voz,
No apagues de amor la llama.*

Iban muy juntos, involuntariamente sus manos se entrelazaban, sus ojos sonreían buscando en los otros ojos las lucescillas del alma.

*Ama, cuánto tu pecho
Quiera, entrega tu fe
No extingas de amor la hoguera.
Contra el amor no hay nada
Que logre al fin vencer,
Todo lo abarca,
Todo lo vence el poder del amor...
Ama, cuando el amor te llama,
Escucha su voz,
No apagues de amor la llama.*

Se fueron abrazando, acariciándose, lejos de toda realidad, cerrados los oídos a todo otro sentimiento. Sus bocas entreabiertas, anhelantes, se juntaron con un beso largo, profundo, que era una rúbrica espiritual.

¿Qué importaba todo en aquel instante? Y ella, la princesa alta y orgullosa, y él, el rey de los gitanos, indomable, conquistador y valiente, rendían su orgullo a un soberano más alto, más señor que todos los demás, al monarca que cantara Rostand;

Amor, el único rey...

En un bosque cercano, perdido entre las sombras del anochecer, el escuadrón de húsares se había detenido. El cabo dijo respetuosamente al Gran Duque:

—Ni trazas de los zíngaros, Excelencia.

—No he oído otras palabras desde que salimos de palacio... ¡Sois un atajo de inútiles!

—Sí, Excelencia.

En aquel momento se oyeron angustiadas voces y apareció el pobre Remetz, maltrecho y fatigado. Iba con el uniforme destrozado, mostrando trechos de la ropa interior. Su semblante aparecía sudoroso.

—¡Excelencia! ¡Excelencia!

Fueron todos al encuentro del caballero, quien, apenas sin poder hablar a causa de lo excesivo de la carrera, comunicó:

—¡Excelencia! Tengo una cosa importantísima que comunicar: Su Alteza la princesa ha sido secuestrada.

—¡Vaya una noticia! ¿Qué crees que andamos haciendo por aquí a estas horas? ¡Jugar al escondite?

—¡Sí, Excelencia!

—¡Estúpido!

—Bueno, no, Excelencia...

—¿Tú sabes dónde está?

—Claro que lo sé. Los zíngaros la tienen prisionera. Nos tenían a los dos. Pero yo he logrado escapar hábilmente.

—¡Guíanos!

—Ahora mismo. Conozco bien el camino. Mejor dicho, las zarzas del camino.

—¿En qué dirección? ¡Seguidme!

—En aquélla. Pero, Alteza, no tengo caballo.

—¡Sube aquí! — le dijo el cabo, ofreciéndole un puesto en el suyo.

Montó difícilmente en el brioso alazán, colocándose del revés.

—¡Pero, hombre, estás al revés!

Al fin consiguió ponerse bien, y la comitiva emprendió veloz marcha hacia el lugar donde tenían los gitanos su campamento.

Era a primera hora matinal. El campamento gitano bullía con la animación peculiar de la vida que despierta.

La princesa María Luisa parecía haber cambiado. Las horas pasadas entre aquella gente, fuerte contraste con su vida plácida y sibarita, la habían hecho feliz. Además, llevaba en el alma el encanto de las palabras de amor y de los besos... Y se entregaba a aquel recuerdo, como si nada de su verdadera vida le interesara y fuera un sueño lejano, desvanecido entre las brumas del tiempo.

Mientras ayudaba a otra gitana a preparar la comida, le explicaba:

—Me encanta esta vida y este sol que lo llena todo, y el aire que llega de lejos cargado de aroma. Esta noche he sentido toda la razón de vuestra vida libre y sincera. Hizo una noche muy hermosa... las estrellas parecía que estaban muy cerca

—Sí. Y alguien estaba muy cerca también.

Sonaron agudas risitas, pues no en balde se conocía en el campo el largo coloquio de amor.

Apareció en aquel momento Carol, contento y satisfecho a la nueva mañana que le traería seguramente venturas.

—Buenos días, Alteza! — le dijo amablemente.

Ella quiso sonreír, pero, debatiéndose aún entre ceder o mostrarse ofendida, repuso en tono seco:

—Bueno, ¿qué tengo que hacer hoy?

—Nada.

—No quiero estar ociosa aquí donde todos trabajan.

Y ayudó a una de las gitanas a transportar un cubo.

—Deje eso! — dijo Carol, no queriendo que las manos frágiles de la princesa se cansaran.

—No!

—Deje, le digo!

Y con cierta brusquedad intentó quitárselo, y al hacerlo rozó los brazos delicados de Su Alteza.

Por un momento revivió en ella el poder jerárquico, la distancia social, el orgullo y el espíritu de mando de siempre. Dispuesta a hacer su voluntad, protestó con energía:

—¡Déjame! ¡No me toques! ¿Te has olvidado de que soy una princesa?

Y rechazándole con un gesto despectivo, continuó su labor.

Aquellas palabrashirieron a Carol, que pareció volver a la realidad, olvidada en la noche amorosa.

—Tal vez lo había olvidado.

Su semblante había cambiado en un instante. Tenía como una extraña tristeza, como un vencimiento, y la huella del dolor ante lo inevitable.

¡Qué necio era! ¿Cómo pretender la continuación de los engaños de amor de una noche en el bosque en que todo tenía un resplandor de leyenda? Leyenda, hadas y gnomos, princesas y pastores... sólo se hallaban en los cuentos azules...

Pero la realidad era distinta. La realidad era que la amada era una princesa, y él un pobre gitano, ser errabundo, apartado de la sociedad donde ella había florecido como rosa bien cuidada por manos expertas

y bondadosas. Y él era árbol de bosque, fuerte copa que sostenía embates y tempestades, hojas recias que carecían de la fragilidad y la gracia suave de la rosa mujer.

—No, no! ¡Era imposible! ¡Sueños! ¡Mentiras! Debía guardar el romanticismo en el corazón y vivir otra vez errante, haciendo del mundo su hogar, sin poder encerrar nunca en el hogar el mundo.

Volvióse afligido hacia Gregor, su segundo:

—¡Gregor!

—¿Qué?

—Ordena levantar el campo.

—¿Nos vamos?

—Cuanto antes.

—¿Y adónde vamos?

—A dónde sea. ¿Qué más da?

—¿Y ella? ¿Viene también?

—No... Ella vuelve a su palacio.

Y sus ojos quedaron fijos en el lugar por donde había desaparecido la princesa, convertida graciosa y voluntariamente en una trabajadora, pero que, aun en su humilde menester... no dejaba de ser princesa...

Le daría la libertad... El quedaría con el alma presa en el recuerdo de las esencias del amor que pasó. De esas esencias que llenan la vida interior. Esas esencias que son el perfume de la vida...

Más tarde, y cuando ya se realizaban los preparativos para la inmediata marcha, Gregor y su gente informaron a Carol de algo importante.

—¿Qué ocurre? — preguntó el rey de los gitanos, observando el recelo de sus súbditos.

—Desde lo alto hemos visto unos soldados a caballo en esta dirección.

—¿Qué?

—El soplón de Remetz debe haber ido a buscarlos y les ha enseñado el camino.

—Bien. Pues nos encontrarán dispuestos. ¡A ver, todos!...

Y reuniendo a su gente dió órdenes inmediatas para evitar ser alcanzados por los soldados.

Estos habían pasado la noche buscando infructuosamente por el bosque.

Remetz, desorientado, había perdido varias veces la pista, provocando continuas rabietas por parte del Gran Duque Alejandro.

Por fin pareció reconocer la ruta y se encaminaron hacia el lugar vecino al campamento.

—¿Qué extraño! — comentó Remetz—. ¡Este árbol no debía estar aquí!

—¿Ahora le vas a poner reparos al paisaje?

—Sospecho, Excelencia, que este hombre está hecho un lío — advirtió el cabo.

—No, no... Pero es que... No me explico...

En aquel momento se oyó como un rugido.

—¿No oyen? Es Tilly. Un oso. Están por aquí. ¡Pronto!

Y adoptando las más graves precauciones consiguieron entrar en el campamento, encontrando precisamente a Carol, que había salido a recibirlas.

Antes de que éste pudiera hacer el menor movimiento de defensa, ya el Gran Duque Alejandro, revolver en mano, le obligaba a rendirse.

—¡Arriba las manos!
Sonriente, Carol obedeció.

Conteniendo difícilmente la cólera que experimentaba contra aquel hombre, el Gran Duque le gritó:

—Exijo la inmediata libertad de Su Alteza Real.

—¿Libertad? La princesa está en libertad.

—No lo creo. Conozco ya tus mañas. ¡Arrestadle!

Unos soldados le rodearon, y Carol permaneció sonriente, impasible.

—¿Dónde está? Di, ¿dónde está? ¡Callas? ¡Muy bien! Pues yo te voy a hacer callar para siempre. ¡Cabo!... Formen el cuadro... Lo fusilaremos aquí mismo, como a un perro...

—Tal vez éstos no dejen a Su Excelencia llevar a cabo su propósito.

—¿Eh?

Se volvieron rápidamente y vieron avanzar en dirección a ellos a numerosos gitanos escopeta al brazo y dispuestos inflexiblemente a disparar.

El Gran Duque clamó furioso:

—¡Esto es una traición!

Sonrió Carol.

—¡Miserables! — continuó Alejandro—. No sonreiríais así si el número de mis hombres fuese mayor que el de los tuyos.

—El valor no es cuestión de número.

—No, pero el número ayuda a tener valor.

—Ah! Si así lo cree Vuestra Excelencia, lo mejor será que nos entendamos los dos a solas, cara a cara.

Remetz, que se hallaba junto al Gran Duque, aconsejó:

—Acepte. Y dígale que a pistola.

—Conformes — indicó Alejandro—. A pistola. Ahora mismo.

Carol se volvió hacia uno de sus nombres.

—Gregor; tú serás mi padrino. Un disparo nada más.

—¡Con uno me sobra! — rugió el Gran Duque—. Vamos, Remetz.

—¡A sus órdenes!

Se encaminaron los dos rivales y sus padrinos hacia un lugar cercano.

Uno de los gitanos ordenó fuesen desarmados todos los soldados.

Ya cerca de un espeso bosque, Carol se detuvo.

—Los padrinos se quedan aquí — dijo—. Entraremos en el bosque cada uno por lados opuestos, y en cuanto uno descubra al otro, dispara.

El Gran Duque protestó.

—No me conviene. ¿Dónde se ha visto un duelo parecido? Yo quiero

batirme a mi usanza, como los caballeros.

—Es una vieja costumbre entre nosotros... un duelo zíngaro.

No tuvo otro remedio que aceptar. Pero Remetz, velando por su señor, puso en la pistola de éste dos balas en vez de una, como estaba ordenado. De esta manera, si fallaba la primera, la segunda podía ser decisiva y tumbar al rival.

Gregor, que había puesto una sola bala en el arma de Carol, descubrió un extraño movimiento de Remetz, y un poco escamado le pidió la pistola.

—Permítame!

Su mirada era tan severa que Remetz tuvo que entregarle el arma. Gregor la examinó y quitó en silencio uno de los balines... Las cosas leales. La traición no podía andar allí... Remetz se hizo el distraído. Luego dió Gregor el arma al

Gran Duque, que se sentía enfurecido y procuraba calmar el indudable terror que aquel duelo misterioso y sorprendente le había producido.

—Vamos, ¿todavía no?

—Listos. Cuando usted quiera.

—Pues ahora mismo.

Los dos rivales se saludaron y cada uno echó a andar por un sitio distinto, entrando ambos en el bosque, espeso como una selva.

Los padrinos les vieron desaparecer, y Gregor en silencio abrió la mano y mostró la bala.

Muy pálido y temeroso, Remetz intentó disimular.

—¿De dónde salió ésto?

Pero Gregor no le respondió, y arrojando al suelo la bala, quedó contemplando fijamente a su antiguo prisionero, que comenzaba a sudar de angustia.

* * *

Por todo el campamento se esparció la noticia de que habían sido apresados los soldados.

La princesa corrió a enterarse del acontecimiento. Temía, sin saber por qué, por Carol. Tuvo el pre-

sentimiento de que se encontraba en peligro.

—¡Carol! ¡Carol! ¿Dónde está? ¿Qué han hecho de él? ¡Carol!

Su extraña ausencia le producía una rara inquietud, hasta que el cabo la informó:

—Ha ido a batirse con Su Excelencia el Gran Duque...

—¿A batirse?

Esta vez sí que tembló por la vida del gitano. En su alma revivió ante el momento del peligro el amor que sentía por él..

—Alejandro es un tirador extraordinario y lo matará sin duda. ¿Por qué los han dejado? ¡Es un asesinato! ¡Hay que impedirlo!

—¡Imposible! El duelo se lleva a cabo en condiciones tales... que Vuestra Alteza corre riesgo de ser herida, y...

—Déjame! ¡Carol, Carol! ¡Alejandro!

Y siempre teniendo ante sí la fatídica idea de que Carol hubiese caído ensangrentado ante la sonrisa flemática del Gran Duque, se dirigió hacia el bosque, desoyendo los consejos del cabo.

—¡Carol!

En aquella hora de peligro, en que tal vez lo perdiése para siempre, sentía cómo el amor llenaba su ser, los caminos de su alma, todos los resquicios de su vida. ¡No,

no quería perderlo! ¿Qué importaba que fuese un vagabundo? ¿Qué le importaba que fuera un mísero gitano, avezado a tener por lecho la pradera y las estrellas por techo? Le amaba, y ésta era la única razón de su conducta.

Y era aquel odioso Alejandro, aquel hombre frío, criminal, el que perseguía a Carol, y tal vez le diese muerte? Su odio se acrecentó contra ese hombre, de manera feroz. Y por contraste amó más y más al gitano.

Y seguía por el bosque, por las sendas abruptas y los caminos explorados llamando a su verdadero rey.

Remetz y Gregor, a la entrada del bosque, esperaban afanosamente el instante de oír los tiros.

—Ya puede usted rezar por Carol, porque el Gran Duque es el mejor tirador de la comarca, y antes de un minuto, ¡ah!, le habrá matado — decía Remetz, convencido.

Pero Gregor sonrió tranquilamente.

—Dentro de un bosque no hay quien mate a Carol.

—¿Por qué?

—Porque está acostumbrado a vivir en la maleza y ni las liebres se esconden mejor que él.

—Sí. Pero mi señor es ducho y sabrá despistarle.

—No tardaremos en saberlo.

Entretanto, cada uno por distintos caminos, el Gran Duque y el rey de los gitanos se buscaban, ojo avizor, en la mano la pistola que llevaba una única bala.

Sereno y habituado a las selvas intrincadas, iba Carol con el oído atento del buen caminante. Pálido y asustado ante aquel duelo, el Gran Duque se volvía a cada paso, buscaba entre los matorrales, temía siempre ver surgir al rival de detrás de aquella compacta arboleda.

Así anduvieron largo rato.

De pronto vino a herir los oídos del Gran Duque el rugido de un oso, y quedó temblando de angustia.

Quitóse el quepis, que tiró a tierra, y continuó su camino.

—Dónde se habría escondido el gitano? ¿En qué parte le aguardaría ese hombre? ¡Oh, qué deseo tenía de acabar con él!

De súbito se estremeció. Acababa de ver el sombrero de Carol, medio oculto entre la maleza...

—Era él! Allí estaba escondido aquel hombre. Procuró en el mayor silencio resguardarse detrás de un árbol. Dando a su pulso una verdadera firmeza, apuntó el gatillo y la bala fué recta hacia el blanco.

Rápidamente desapareció el sombrero, denotando que la trayectoria había sido acertada.

Con una odiosa satisfacción se dirigió hacia allí, para comprobar la muerte de su contrario.

Pero la sangre pareció paralizarse en el corazón al ver que lo que sostenía el sombrero no era más que unos arbustos. Al propio tiempo oyó una risa burlona y vió aparecer ante él al propio rey de los gitanos que con la pistola en la mano señalaba el sombrero.

—Su Excelencia me ha agujereado el sombrero... Ahora soy yo el único que puede hacer blanco.

—¡No... no... no!

Y lívido, bajo el imperio del terror, creyendo que aquel hombre iba disparar de un momento a otro, huyó horrorizado, mientras Carol disparaba... al aire. Hubiera podido matarle sin compasión, de una manera inflexible, puesto que éstas eran las condiciones del duelo, pero quiso sentirse generoso... y perdonar.

Momentos después, y cuando Carol se disponía a marcharse, vió a la princesa, que había estado buscándole por todo el bosque y que acababa de comprobar la nobleza del gitano al disparar al aire cuando tenía a su merced al cobarde Gran Duque.

Al oír el primer disparo, temió que Carol hubiese sido herido, y por eso ahora, al verle sano y tan generoso, dió un grito de emoción y tuvo que contenerse por no caer en sus brazos.

—¡Carol! ¡Carol! ¡Gracias a Dios!

—Princesa...

—No quiero que haya sangre por mi causa. Y nunca me lo hubiera perdonado si te hubiese ocurrido algún daño por culpa mía.

El tuvo una sonrisa amarga. A pesar del interés que ella le demostraba, no se había alejado de su corazón la conveniencia de separarse, la necesidad de seguir cada uno su vida diferente.

Creyó ahora que se burlaba de él, o que, acaso, sentía únicamente una compasión repentina, como la que puede inspirar un desconocido en desgracia.

Nada más que eso. ¿Qué importaba que la noche anterior ella le hubiese oído y hubiera aceptado sus besos? Aun no hacía poco, una hora casi, le había repelido energicamente, recordándole su condición real como una barrera imposible de saltar.

—Y siempre así! ¿Por qué empeñarse en lo contrario? La miró fijamente y dijo con ironía:

—¿No hubiese sido realmente un final muy alegre para vuestra aventura?

—¿Aventura?

—Sí.

La presencia de Gregor, su compañero, le impidió ampliar la explicación a su frase.

—¡Carol! ¡Ah, por fin! ¿No te hizo nada?

—No — contestó fríamente—. Y di a la caravana que continúe su marcha, y a los otros que traigan el coche. Su Alteza vuelve a Palacio.

—Está bien.

Carol echó a andar. Ella le siguió a su lado, silenciosa, tímida, con ganas de llorar, con un anhelo ferviente de confesarle que le necesitaba, que la había subyugado y suya era la sangre de sus venas, la flor de sus pensamientos, el cáliz de su voluntad...

Pero Carol, convencido de esa imposibilidad de unión, quería huir cuanto antes...

* * *

Su Excelencia llegó en su frenética carrera de huída hacia el lugar donde Remetz esperaba inquieto.

—Excelencia, ¿le mató?

—No. Y vámonos antes que nos mate a los dos.

Siguió su marcha. Remetz corrió desesperadamente detrás de él, presa también de un gran pánico.

—Excelencia, por Dios, no me deje solo!...

Por fin se reunió con él y volvieron a palacio, molidos y cabizbajos por la derrota.

Y entretanto la caravana preparaba su marcha para abandonar aquel país de amor y de ilusión breve.

Ya chirriaban las carretas, ya los gitanos cantaban su canción de despedida. Más allá... ¡Siempre lejos! Vivir una existencia errabunda... sin ninguna patria... Todas las tierras del mundo por propio país...

Estaba también preparado el coche que debía conducir a la prince-

sa a palacio. Carol sabía bien que era inútil prolongar aquel sueño.

Pero la princesa no quería resignarse a aquella separación. Su sensibilidad se rebelaba contra la idea de no volver a ver al hombre que le había hecho conocer las emociones del amor. Su palabra parecía ahogada por los sollozos.

—Pero ¿te vas?

—Sí. Me llama el camino. Debo volver a él. Quizás me lleve a la felicidad.

María Luisa le preguntó, resintiéndose aún:

—Pero no hay algo que también signifique para ti la felicidad?

La envolvió él en una mirada profunda, melancólica. ¿Cómo poder unir el poder de una princesa con la vida errabunda de los nómadas que tienen el mundo por patria?

Y aunque amaba de veras a María Luisa, quiso dominar sus sentimientos con la fuerza del hombre que es dueño de sí mismo.

—No. Debo recorrer el mundo con los míos. Nuestros caminos se han cruzado en una hora de felicidad que no olvidaré y de la que he de acordarme como de un sueño del que, al fin, he despertado... Y, ahora, ¡adiós!...

Besó sus manos. ¡Oh, si las pudiera tener para siempre, para toda la vida!

Era preciso resignarse... Sería absurdo creer que la princesa pudiera quererle para siempre. Somos esclavos de nuestra condición social y estamos presos en ella.

Y subiendo a su caballo, marchó lentamente, mientras cantaba la canción:

*Ama, cuando el amor te llama
Escucha su voz.
No apagues de amor la llama.
Ama, cuando tu pecho quiera
Entrega tu fe,
No extingas del amor la hoguera.*

¡Cuánto daño le hacía aquella melodía! La princesa, viéndose abandonada, comprendiendo que no podría olvidarle nunca, cantó también.

*Sin amor mi vida está.
Mi ideal, ¿dónde irá?
Un palacio puede ser
Cárcel dorada
Sin dicha, sin nada.*

La voz de él se fué alejando, mientras decía, como un lamento:

*Contra el amor
No hay nada
Que logre al fin vencer.
Todo lo abarca,
Todo lo vence el poder del amor.
Ama, cuando el amor te llama
Escucha su voz,
No apagues de amor la llama.*

La voz era ya como un suspiro. Los carros avanzaban. Pronto se perderían en lontananza.

Le pareció a María Luisa que le arrancaban la vida y que sin Carol no podría vivir.

Y de pronto decidióse rápidamente, dispuesta a todo para reunirse con los gitanos.

¿Qué le importaba el trono? Renunciaría a él si fuera necesario. Amaba a Carol, lo amaba sobre todas las cosas... y sólo él le importaba en el mundo.

Y con los brazos abiertos, corrió a su encuentro.

FIN

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|--------------------------------------|------------------------------------|--|---|
| La viuda alegra | Sombras blancas. | Angeles del infierno. | El demonio y la carne (edición popular). |
| El gran desfile. | La copla andaluza. | Cuerpo y alma. | La dama misteriosa. |
| Miguel Strogoff o el Correo del Zar. | Los cosacos. | El impostor. | Los claveles de la Virgen. |
| La princesa que sigue amar. | Icaros. | Esposa a medias. | Pereja de baile. |
| El coche número 13. | El conde de Montecristo. | Eslavas de la moda. | Alma libre. |
| Sin familia. | La mujer ligera. | Petit Café. | Al Capone (Pánico en Chicago). |
| Marc Nostrum. | Virgenes modernas. | Hay que casar al príncipe. | Mi último amor. |
| Mantás, el hombre que se vendió. | El pagano de Tahití. | Inspiración. | Muchachas de uniforme. |
| Cobra. | Estrellas dichosas. | El proceso de Mary Dugan. | Marido y mujer. |
| El fin de Montecarlo. | La senda del 98. | En cada puerto un amor. | Mata-Hari. |
| Vida bohemia. | Esto es el cielo. | Marruecos. | Congorila (fuera de edición). |
| Zazá. | Espejismos. | Conoces a tu mujer? | Carceleras. |
| Adiós, juventud! | Evan, cine. | El millón. | Erase una vez un valle. |
| El judío errante. | Orquídeas salvajes. | La mujer X. | Hombres en mi vida. |
| La mujer desnuda. | El caballero. | Gente alegre. | Niebla. |
| La tía Ramona. | Egoísmo. | Mar de fondo. | Rebeca. |
| Casanova. | La máscara del diablo. | La llama sagrada. | Indescriptible. |
| Hotel imperial. | El pan nuestro de cada día. | La fruta amarga. | Tarzán de los monos. |
| Don Juan, el burlador de Sevilla. | Vieja hidalguía. | La ley del harén. | El terror del hampa. |
| Noche nupcial. | Posesión. | Vidas truncadas. | La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks. |
| El séptimo cielo. | Tentación. | La fiera del mar. | |
| Beau Geste. | La pecadora. | Tabú. | |
| Los vencedores del fuego. | El beso. | El pasado acusa. | |
| La mariposa de oro. | Ella se va a la guerra. | Papá piernas largas. | |
| Ben-Hur. | Los hijos de nadie. | Tracer Horn. | |
| El demonio y la carne. | E' pescador de perlas. | Un yanqui en la corte del rey Arturo. | |
| La castellana del Líbano. | Santa Isabel de Ceres. | El código penal. | |
| La tierra de todos. | Las dos huérfanas. | La pura verdad. | |
| Trípoli. | La canción de la estepa. | Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de edición). | |
| El rey de reyes. | El precio de un beso. | Carbón (La tragedia de la mina). | |
| La ciudad castigada. | La rapsodia del recuerdo. | Estudiantina. | |
| Sangre y arena. | Delikatesen. | Las peripecias de Skippy. | |
| Aguilas triunfantes. | Del mismo barro. | ¡Qué viduital! | |
| El sargento Malacara. | Estrellados. | El camino de la vida. | |
| El capitán Sorrell. | Cuarto de infantería. | Noches de Viena. | |
| El jardín del edén. | Olimpia. | Mamá. | |
| La princesa mártir. | Monsieur Sans-Gêne. | Eran trece. | |
| Ramona. | Sombras de gloria. | Béssame otra vez. | |
| Dos amantes. | Ladrón de amor. | Camarotes de lujo. | |
| El príncipe estudiante. | Molly (la gran parada). | Los hijos de la calle. | |
| Ana Karenine. | El valiente. | La divorciada. | |
| El destino de la carne. | De frente.. marchen! | Madame Satán. | |
| La mujer divina. | Prim. | ¿Cuándo te suicidas? | |
| Alas. | El presidio. | Marianita. | |
| Cuatro hijos. | Romance. | El carnet amarillo. | |
| El carnaval de Venecia. | El gran charco. | Honorás, tu madre. | |
| El ángel de la calle. | Tempestad. | Su última noche. | |
| La última cita. | El dios del mar. | Las alegres chicas de Viena. | |
| El enemigo. | Anne Christie. | Viva la libertad! | |
| Amantes. | Sevilla de mis amores. | Malvada. | |
| Moulin Rouge. | Horizontes nuevos. | El teniente del amor. | |
| La bailarina de la Ope- ra. | Ben-Hur (edición popular). | Delicioso. | |
| Ben Ali. | La incorregible. | Cielo robado. | |
| Los cuatro diablos. | El malo. | Amargo idilio. | |
| Rife, payaso, riel! | El pavo real. | Honor entre amantes. | |
| Volga, Volga. | Bajo los techos de París. | Para alcanzar la luna. | |
| La sinfonía patética. | Wu-li-chang. | El hombre que asesinó. | |
| Un cierto muchacho. | Montecarlo. | Rindase! | |
| Nostalgia! | Camino del infierno. | La calle. | |
| La ruta de Singapore. | Mío serás! | El prófugo. | |
| La actriz. | Aleluya! | Milicia de paz. | |
| Mister Wu. | La mujer que amamos. | Amores de medianoches. | |
| Renacer. | Al compás de 3/4. | Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular). | |
| El despertar. | La princesa se enamora. | La viuda alegra (edición popular). | |
| Las tres pasiones. | Amanecer de amor. | La hermana San Sulpicio. | |
| La melodía del amor. | El gran desfile (edición popular). | | |
| Cristina, la Holandesa. | Du Barry, mujer de pasión. | | |
| Viva Madrid, que es mi pueblo! | La viuda alegra (edición popular). | | |

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

TODAS LAS POPULARÍSIMAS PRODUCCIONES
DEL ÍDOLO DE LA PANTALLA SONORA

JOSE MOJICA

"estrella" sin rival de la famosa casa FOX (Oro de ley de la pantalla)
han sido publicadas en las inimitables

EDICIONES ESPECIALES BISTAGNE

Apresúrese a adquirirlas antes de que se agoten definitivamente

TÍTULOS PUBLICADOS:

El precio de un beso
Ladrón de amor
Hay que casar al príncipe
La ley del harén
Mi último amor
El caballero de la noche
y
El rey de los gitanos

Lujosa presentación - 16 ilustraciones en el texto

Precio: 1 peseta

¡Siempre
lo mejor!
¡No se deje
sorprender!

Exija siempre
Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis
BARCELONA

Mandamos ca-
tálogos ilustra-
dos, gratis y sin
compromiso

E. B.

Precio: Una peseta